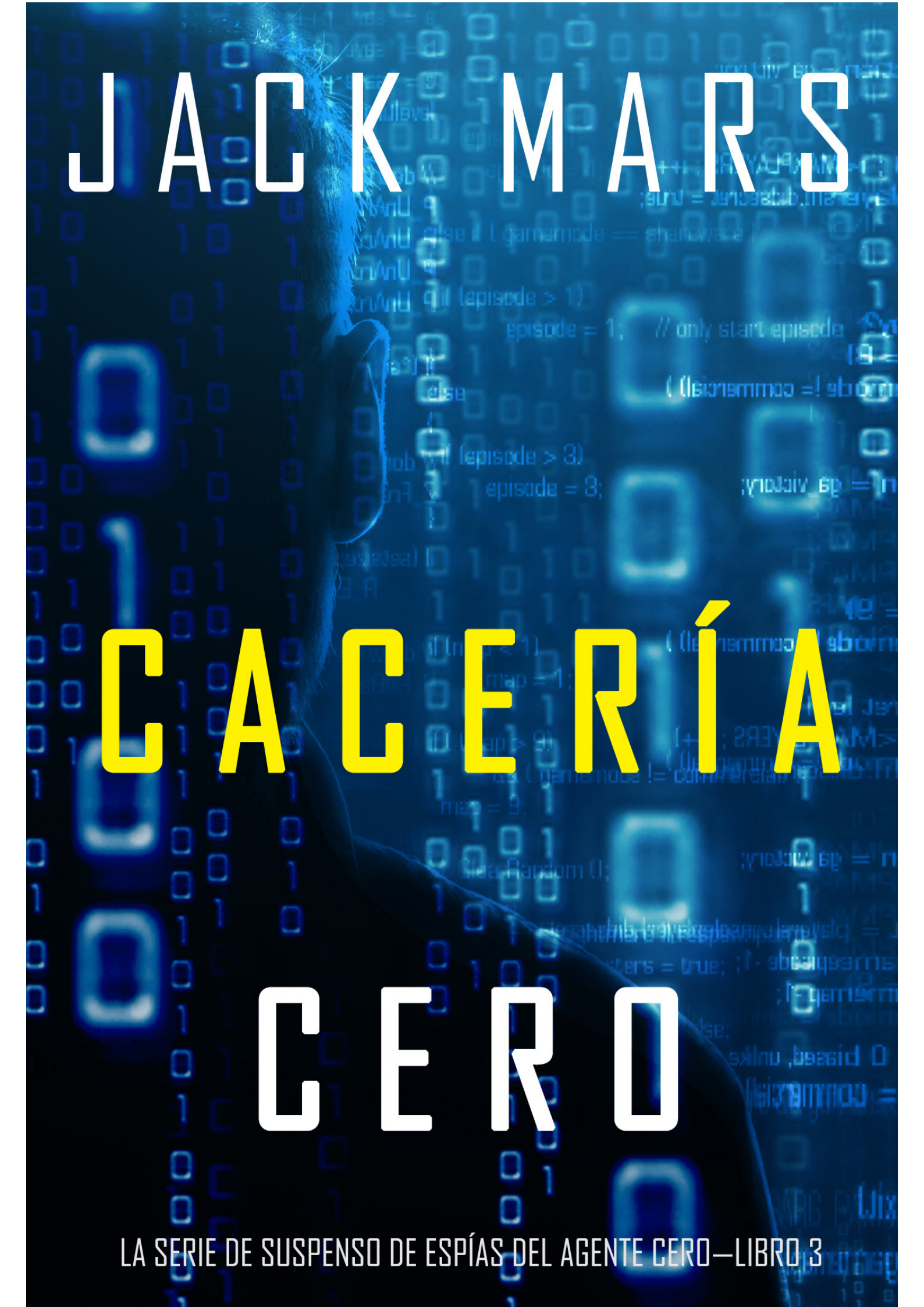




JACK MARS

CACERÍA

CERO

LA SERIE DE SUSPENSO DE ESPÍAS DEL AGENTE CERO—LIBRO 3

Jack Mars

Cacería Cero

«Lukeman Literary Management Ltd»

Mars J.

Cacería Cero / J. Mars — «Lukeman Literary Management Ltd»,

“No dormirás hasta que hayas terminado con AGENTE CERO. El autor hizo un excelente trabajo creando un conjunto de personajes que están muy desarrollados y que los disfrutarás mucho. La descripción de las escenas de acción nos transporta a la realidad, que es casi como sentarse en el cine con sonido envolvente y 3D (sería una increíble película de Hollywood). Difícilmente esperaré por la secuela”.-- Roberto Mattos, Books and Movie Reviews En CACERÍA CERO (Libro #3), cuando el Agente Cero de la CIA descubre que sus dos hijas adolescentes han sido secuestradas y están destinadas a una red de traficantes en Europa del Este, se embarca en una persecución de alto octanaje a través de Europa, dejar un rastro de devastación es su camino, ya que rompe todas las reglas, arriesga su propia vida y hace todo lo que puede para recuperar a sus hijas. Kent, ordenado por la CIA a retirarse, se niega. Sin el apoyo de la agencia, con topes y asesinos en todos lados, con un amante en quien apenas puede confiar, y siendo él mismo el objetivo, el Agente Cero debe luchar contra múltiples enemigos para recuperar a sus hijas. Contra la red de tráfico más mortífera de Europa, con conexiones políticas que llegan hasta lo más alto, es una batalla casi imposible — un hombre contra un ejército — y una que sólo el Agente Cero puede librar. Y, sin embargo, se da cuenta, de que su propia identidad puede ser el secreto más peligroso de todos. CACERÍA CERO (Libro #3) es una emocionante serie de suspenso y espionaje que te mantendrá pasando páginas tarde en la noche. “Escritura de suspenso en su esplendor”.--Midwest Book Review (con respecto a Por Todos Los Medios Necesarios) “Una de las mejores series de suspenso que he leído este año”.--Books and Movie Reviews (con respecto a Por Todos Los Medios Necesarios) También está disponible la serie #1 mejor vendida de Jack Mars, las series de SUSPENSO DE LUKE STONE (7 libros) que comienzan con Por Todos Los Medios Necesarios (Libro #1), ¡en descarga gratuita con más de 800 calificaciones de 5 estrellas!

© Mars J.

© Lukeman Literary Management Ltd

Содержание

CAPÍTULO UNO	9
CAPÍTULO DOS	15
CAPÍTULO TRES	18
CAPÍTULO CUATRO	21
CAPÍTULO CINCO	26
CAPÍTULO SEIS	31
CAPÍTULO SIETE	35
CAPÍTULO OCHO	40
CAPÍTULO NUEVE	45
Конец ознакомительного фрагмента.	50

CACERÍA CERO

(LA SERIE DE SUSPENSO DE ESPÍAS DEL AGENTE CERO—LIBRO 3)

JACK MARS

Jack Mars

Jack Mars es el autor bestseller de USA Today, autor de las series de suspenso de LUKE STONE, las cuales incluyen siete libros (y contando). También es el autor de la nueva serie de precuelas LA FORJA DE LUKE STONE y de la serie de suspenso del espía AGENTE CERO.

¡Jack ama escuchar de ti, así que, por favor siéntete libre de visitar www.jackmarsautor.com suscríbete a su email, recibe un libro gratis, sorteos gratis, conéctate con Facebook y Twitter y mantente actualizado!

Derechos de autor © por Jack Mars. Todos los derechos reservados. Exceptuando los permitidos bajo el Acta de Derechos de Autor de Estados Unidos en 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, o almacenada en una base de datos o en un sistema de recuperación, sin previa autorización del autor. Este ebook está licenciado únicamente para su disfrute personal Este ebook no puede ser revendido o regalado a otras personas. Si quieres compartir este libro con otra persona, por favor adquiere una copia adicional. Si estás leyendo este libro y no lo has comprado o si no fue comprado para tu uso particular, por favor regresa y adquiere su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor. Este un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares, eventos y los incidentes son o producto de la imaginación del autor o son usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es enteramente coincidencia.

LIBROS POR JACK MARS

LUKE STONE THRILLER SERIES

POR TODOS LOS MEDIOS NECESARIOS (Libro #1)

SERIE PRECUELA LA FORJA DE LUKE STONE

OBJETIVO PRINCIPAL (Libro #1)

MANDO PRINCIPAL (Libro #2)

LA SERIE DE ESPÍAS DE KENT STEELE

AGENTE CERO (Libro #1)

OBJETIVO CERO (Libro #2)

CACERÍA CERO (Libro #3)

Resumen de Objetivo Cero - Libro 2

Las muestras de un antiguo y mortal virus han sido robadas de Siberia y liberadas en España, matando a cientos de personas en cuestión de horas. Aunque sus recuerdos como agente de la CIA aún están fragmentados, el Agente Cero ha sido reincorporado para ayudar a encontrar y asegurar el virus antes de que una organización terrorista pueda liberarlo en los Estados Unidos.

Agente Cero: Más recuerdos de su vida anterior como agente de la CIA han regresado, sobre todo el de un complot clandestino del gobierno estadounidense para iniciar una guerra planeada con antelación por motivos insidiosos. Los detalles de lo que sabía hace dos años están enturbiados y borrosos, pero antes de que tuviera la oportunidad de cavar más lejos, regresó a casa para descubrir que sus dos hijas habían sido secuestradas.

Maya y Sara Lawson: Mientras su padre estaba fuera, las niñas estaban bajo la atenta mirada del Sr. Thompson, su vecino y un agente retirado de la CIA. Cuando el asesino Rais irrumpió,

Thompson hizo todo lo que pudo para defenderse, pero finalmente fue asesinado, y Maya y Sara fueron secuestradas.

Agente Maria Johansson: Una vez más, Maria demostró ser una aliada indispensable cuando contribuyó a evitar que el virus de la viruela fuera liberado. Aunque su nueva relación con Kent raya en lo romántico, ella tiene sus propios secretos, habiéndose reunido con un misterioso operativo ucraniano en el aeropuerto de Kiev para discutir dónde están las lealtades del Agente Cero.

Rais: Después de ser golpeado y dejado por muerto en Suiza, Rais se recuperó durante varias semanas en un hospital bajo vigilancia y esposado. Con nada más que tiempo en sus manos, diseñó no sólo una audaz y sangrienta fuga, sino que también logró huir a los Estados Unidos antes de que se cerraran las fronteras internacionales debido al virus. Desde allí no fue difícil encontrar la casa de los Lawson, matar al anciano y secuestrar a las dos hijas adolescentes del Agente Cero.

Agente John Watson: Como parte del equipo enviado para asegurar el virus de la viruela, Watson dejó muy claro que no le gustan las tácticas temerarias del Agente Cero. Sin embargo, después de su éxito en detener al imán Khalil, los dos alcanzaron un entendimiento y un respeto mutuo.

Directora Asistente Ashleigh Riker: Una ex oficial de inteligencia que ha escalado posiciones hasta el Grupo de Operaciones Especiales, Riker trabaja directamente con el subdirector Shawn Cartwright en la operación para asegurar el virus. Ella no enmascara su desdén por el Agente Cero y la libertad que la agencia le da. Después de que otro agente atacara a Cero sin provocación, él comenzó a sospechar que Riker podría estar involucrada en la conspiración — y, por lo tanto, no se puede confiar en ella.

Contenido

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

CAPÍTULO CUARENTA

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

CAPÍTULO UNO

A los dieciséis años de edad, Maya Lawson estaba casi segura de que iba a morir pronto.

Ella estaba sentada en el asiento trasero de una camioneta de cabina grande mientras bajaba por la I-95, dirigiéndose al sur a través de Virginia. Sus piernas aún se sentían débiles por el trauma y el terror de lo que había experimentado apenas una hora antes. Miró impasiblemente hacia delante, con la boca ligeramente abierta con una mirada en blanco y conmocionada por el impacto.

La camioneta pertenecía a su vecino, el Sr. Thompson. Él ahora estaba muerto, probablemente aún tendido en el vestíbulo de la casa de los Lawson en Alejandría. El conductor actual del camión era su asesino.

Sentada al lado de Maya estaba su hermana menor, Sara, de sólo catorce años. Sus piernas estaban flexionadas debajo de ella y su cuerpo enroscado en el de Maya. Sara había dejado de sollozar, al menos por ahora, pero cada aliento escapaba de su boca abierta con un suave gemido.

Sara no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Ella sólo sabía lo que había visto — el hombre en su casa. El Sr. Thompson muerto. El agresor amenazó con romperle las extremidades a su hermana para que Sara abriera la puerta de la habitación del pánico en el sótano. Ella no tenía conocimiento de lo que Maya sabía, e incluso Maya sólo sabía una pequeña parte de toda la verdad.

Pero la mayor de las niñas Lawson sí sabía una cosa, o al menos estaba casi segura de ello: iba a morir pronto. Ella no sabía lo que el conductor del camión planeaba hacer con ellas — había hecho la promesa de que no les haría daño siempre y cuando hicieran lo él que les pidiera, pero eso no importaba.

A pesar de su expresión de desconcierto, la mente de Maya estaba trabajando a una milla por minuto. Sólo una cosa era importante ahora, y era mantener a Sara a salvo. El hombre al volante estaba alerta y era capaz, pero en algún momento titubearía. Mientras hicieran lo que les pidiera, se volvería complaciente, incluso aunque fuera por un segundo, y en ese momento ella actuaría. Aún no sabía lo que iba a hacer, pero tendría que ser algo directo, despiadado y debilitante. Darle a Sara la oportunidad de huir, de ponerse a salvo, con otras personas, de llegar a un teléfono.

Probablemente le costaría la vida a Maya. Pero ella ya era muy consciente de ello.

Otro suave gemido escapó de los labios de su hermana. Está en shock, pensó Maya. Pero el gemido se convirtió en un murmullo, y se dio cuenta de que Sara estaba tratando de hablar. Inclínó la cabeza cerca de los labios de Sara para escuchar su pregunta en voz baja.

“¿Por qué nos está pasando esto?”

“Shh”. Maya acunó la cabeza de Sara contra su pecho y suavemente acarició su cabello. “Todo va a estar bien”.

Se arrepintió tan pronto como lo dijo; era un sentimiento vacío, algo que la gente dice cuando no tiene nada más que ofrecer. Claramente no estaba bien, y ella no podía prometer que lo estarían.

“Por los pecados del padre”. El hombre al volante habló por primera vez desde que las había forzado a subir al camión. Lo dijo casualmente, con una calma inquietante. Luego dijo con más fuerza: “Esto te está pasando por las decisiones y acciones de un tal Reid Lawson, conocido por otros como Kent Steele, conocido por muchos más como el Agente Cero”.

¿Kent Steele? ¿Agente Cero? Maya no tenía ni idea de lo que hablaba este hombre, el asesino que se hacía llamar Rais. Pero ella sabía algunas cosas, lo suficiente como para saber que su padre era un agente de algún grupo del gobierno — FBI, probablemente de la CIA.

“El me lo arrebató todo”. Rais miró fijamente hacia la carretera que los rodeaba, pero habló con un tono de odio no adulterado. “Ahora yo le he quitado todo”.

“Nos va a encontrar”, dijo Maya. Su tono era callado, no desafiante, como si simplemente estuviera afirmando un hecho. “Él va a venir por nosotras, y va a matarte”.

Rais asintió como si estuviera de acuerdo con ella. “Él vendrá por ustedes; eso es verdad. Y tratará de matarme. Dos veces lo ha intentado y me ha dejado por muerto... una vez en Dinamarca, y otra vez en Suiza. ¿Sabías eso?”

Maya no dijo nada. Sospechaba que su padre tenía algo que ver con el complot terrorista que tuvo lugar un mes antes en febrero, cuando una facción radical intentó bombardear el Foro Económico Mundial de Davos.

“Pero yo perduré”, continuó Rais. “Verás, me hicieron creer que mi suerte era matar a tu padre, pero me equivoqué. Es mi destino. ¿Sabes cuál es la diferencia?” Se burló ligeramente. “Por supuesto que no. Eres una niña. El azar se compone de los acontecimientos que se supone que uno debe cumplir. Es algo que podemos controlar, algo que podemos dictar. El destino, por otro lado, está más allá de nosotros. Está determinado por otro poder, que no podemos comprender plenamente. No creo que se me permita perecer hasta que tu padre muera en mis manos”.

“Tú eres Amón”, dijo Maya. No era una pregunta.

“Lo fui, una vez. Pero Amón ya no existe. Sólo yo perduro”.

El asesino había confirmado lo que ya temía; que era un fanático, alguien que había sido adoctrinado por el grupo terrorista de culto de Amón para que creyera que sus acciones no sólo estaban justificadas, sino que eran necesarias. Maya estaba dotada de una peligrosa combinación de inteligencia y curiosidad; había leído mucho sobre los temas del terrorismo y el fanatismo tras el atentado de Davos y su especulación de que la ausencia de su padre en el momento en que ocurrió significaba que había participado en la detención y el desmantelamiento de la organización.

Así que ella sabía muy bien que este hombre no podía ser influenciado con plegarias, oraciones o súplicas. Ella sabía que no había manera de que cambiara de opinión, y era consciente de que herir a los niños no estaba fuera de su alcance. Todo esto sólo fortaleció su determinación de que tenía que actuar tan pronto como viera la oportunidad.

“Tengo que ir al baño”.

“No me importa”, respondió Rais.

Maya frunció el ceño. Una vez había eludido a un miembro de Amón en el malecón de Nueva Jersey fingiendo que necesitaba ir al baño — ella no se creyó la historia encubierta de su padre acerca de que el hombre era un miembro de una pandilla local, ni siquiera por un segundo — y había logrado poner a salvo a Sara en ese entonces. Era la única cosa en la que podía pensar en el momento actual que les daría incluso un precioso minuto a solas, pero su petición había sido denegada.

Condujeron por varios minutos más en silencio, dirigiéndose hacia el sur por la interestatal mientras Maya acariciaba el cabello de Sara. Su hermana menor parecía haberse calmado hasta el punto de que ya no lloraba, o simplemente se le habían acabado las lágrimas.

Rais puso el indicador y sacó la camioneta en la siguiente salida. Maya miró por la ventana y sintió una pequeña oleada de esperanza; se estaban deteniendo en una parada de descanso. Era diminuta, poco más que un área de picnic rodeada de árboles y un pequeño edificio de ladrillo con baños, pero era algo.

Él iba a dejarlas usar el baño.

Los árboles, pensó ella. Si Sara entra en el bosque, tal vez pueda perderlo.

Rais estacionó la camioneta y dejó el motor al ralentí por un momento mientras escudriñaba el edificio. Maya también lo hizo. Ahí había dos camionetas, largos remolques de tractores estacionados paralelamente al edificio de ladrillos, pero nadie más. Fuera de los baños, bajo un toldo había un par de máquinas expendedoras. Ella observó con consternación que no había cámaras, al menos ninguna visible, en las instalaciones.

“El lado derecho es el baño de mujeres”, dijo Rais. “Te acompañaré hasta allí. Si intentas gritar o llamar a alguien, lo mataré. Si haces algún gesto o señal a alguien de que algo anda mal, lo mataré. La sangre de ellos estará en tus manos”.

Sara estaba temblando en sus brazos otra vez. Maya la abrazó fuertemente sobre los hombros.

“Las dos se tomarán de la mano. Si se separan, Sara saldrá herida”. Él se giró parcialmente para mirarla, específicamente a Maya. Él ya había asumido que, de las dos, ella sería la que probablemente le causaría más problemas. “¿Lo entiendes?”

Maya asintió, apartando la mirada de sus ojos verdes y salvajes. Él tenía líneas oscuras debajo de ellos, como si no hubiera dormido en mucho tiempo, y su cabello oscuro estaba corto sobre su cabeza. No parecía tan viejo, ciertamente más joven que su padre, pero ella no podía adivinar su edad.

Levantó una pistola negra — la Glock que había pertenecido a su padre. Maya había intentado usarla contra él cuando entró en la casa, y él se la había quitado. “Esto estará en mi mano, y mi mano estará en mi bolsillo. De nuevo te recordaré que los problemas para mí son problemas para ella”. Señaló a Sara con la cabeza. Ella gimoteó un poco.

Rais salió primero de la camioneta, metiendo la mano y la pistola en el bolsillo de su chaqueta negra. Luego abrió la puerta trasera del auto. Maya salió primero, con las piernas temblorosas cuando sus pies tocaron el pavimento. Se metió de nuevo en la cabina para coger la mano de Sara y ayudar, a su hermana menor, a salir.

“Vayan”. Las chicas caminaban delante de él mientras se dirigían al baño. Sara temblaba; a finales de marzo, en Virginia, el tiempo apenas comenzaba a cambiar, oscilando entre los diez grados, y ambas todavía estaban en pijama. Maya sólo llevaba sandalias, pantalones de franela a rayas y una camiseta sin mangas negra. Su hermana llevaba zapatillas de deporte sin calcetines, pantalones de pijama de popelín blasonados con piñas y una de las camisetas viejas de su padre, un trapo teñido de corbata con el logo de alguna banda de la que ninguna de las dos había oído hablar nunca.

Maya giró la perilla y se metió en el baño primero. Instintivamente arrugó su nariz con asco; el lugar olía a orina y moho, y el suelo estaba mojado por una tubería que goteaba. Aun así, arrastró a Sara detrás de ella hasta el baño.

Había una sola ventana en el lugar, un plato de cristal esmerilado en lo alto de la pared que parecía que se iba a balancear hacia afuera con un buen empujón. Si pudiera levantar y sacar a su hermana, podría distraer a Rais mientras Sara corría...

“Muévanse”. Maya se estremeció mientras el asesino le empujaba al baño que había detrás de ellos. Su corazón se hundió. No iba a dejarlas solas, ni por un minuto. “Tú, ahí”. Señaló a Maya y al segundo puesto de los tres. “Tú, ahí”. Le dio a Sara indicaciones para el tercero.

Maya soltó la mano de su hermana y entró en el cubículo. Estaba sucio; no habría querido usarlo, aunque tuviera que ir, pero al menos tendría que fingir. Empezó a empujar la puerta para cerrarla, pero Rais la detuvo con la palma de su mano.

“No”, le dijo. “Déjala abierta”. Y luego se dio la vuelta, mirando hacia la salida.

No se arriesgará. Lentamente se sentó en la tapa cerrada del asiento del inodoro y respiró en sus manos. No había nada que pudiera hacer. Ella no tenía armas contra él. Él tenía un cuchillo y dos pistolas, una de las cuales estaba actualmente en su mano, escondida en el bolsillo de la chaqueta. Ella podía intentar saltarle encima y dejar que Sara saliera, pero él estaba bloqueando la puerta. Ya había matado al Sr. Thompson, un ex marine y un oso de hombre con el que la mayoría habría evitado una pelea a cualquier precio. ¿Qué posibilidades tendría ella contra él?

Sara resopló en el cubículo de al lado. Este no es el momento adecuado para actuar, Maya lo sabía. Ella tenía esperanza, pero tendría que esperar de nuevo.

De repente se oyó un fuerte crujido al abrir la puerta del baño y una voz femenina sorprendida dijo: “¡Oh, perdón... ¿Estoy en el baño equivocado?”

Rais dio un paso al costado, más allá del cubículo y fuera de la vista de Maya. “Lo siento mucho, señora. No, usted está en el lugar correcto”. Su voz adoptó inmediatamente una expresión agradable, incluso cortés. “Mis dos hijas están aquí y... bueno, tal vez soy sobreprotector, pero no se puede ser demasiado cuidadoso estos días”.

La ira se hinchó en el pecho de Maya por el engaño. El hecho de que este hombre las había arrebatado de su padre y se atreviera a fingir que era él, hizo que su cara se calentara de rabia.

“Oh. Ya veo. Sólo necesito usar el lavabo”, le dijo la mujer.

“Por supuesto”.

Maya oyó el ruido de los zapatos contra las baldosas, y entonces una mujer salió parcialmente a la vista, mirando hacia otro lado mientras giraba la perilla del grifo. Parecía de mediana edad, con el pelo rubio justo detrás de los hombros y vestida elegantemente.

“No puedo decir que te culpo”, le dijo la mujer a Rais. “Normalmente nunca me detendría en un lugar como este, pero derramé café sobre mí de camino a visitar a la familia, y... uh...” Se calló mientras se miraba al espejo.

En el reflejo, la mujer podía ver la puerta abierta del baño, y Maya estaba sentada encima del inodoro cerrado. Maya no tenía ni idea de cómo se vería ante un extraño — pelo enredado, mejillas hinchadas por el llanto, ojos enrojecidos — pero podía imaginarse que era una causa probable de alarma.

La mirada de la mujer se dirigió a Rais y luego al espejo. “Uh... no podía conducir otra hora y media con las manos pegajosas...” Ella miró por encima de su hombro, con el agua aún corriendo, y luego le dijo tres palabras muy claras a Maya.

¿Estás bien?

El labio inferior de Maya temblaba. Por favor, no me hables. Por favor, ni siquiera me mires. Lentamente ella agitó la cabeza. No.

Rais debe haber vuelto a dar la espalda, mirando hacia la puerta, porque la mujer asintió lentamente. ¡No! Maya pensó desesperadamente. Ella no intentaba pedir ayuda.

Ella estaba intentando evitar que esta mujer sufriera el mismo destino que Thompson.

Maya le hizo un gesto con la mano a la mujer y le dijo una sola palabra. Váyase. Váyase.

La mujer frunció el ceño profundamente, con las manos aún mojadas. Volvió a mirar hacia Rais. “Supongo que sería demasiado pedir toallas de papel, ¿no?”

Ella lo dijo un poco exagerado.

Luego hizo un gesto a Maya con el pulgar y el meñique, haciendo una señal telefónica con la mano. Parecía estar sugiriendo que llamaría a alguien.

Por favor, váyase.

Cuando la mujer se volvió hacia la puerta, hubo un movimiento borroso en el aire. Sucedió tan rápido que al principio Maya ni siquiera estaba segura de que hubiera sucedido. La mujer se quedó helada, con los ojos abiertos de par en par.

Un delgado arco de sangre brotó de su garganta abierta, rociando el espejo y el fregadero.

Maya sujetó ambas manos sobre su boca para sofocar el grito que salía de sus pulmones. Al mismo tiempo, las manos de la mujer volaron hacia su cuello, pero no había forma de detener el daño que se le había hecho. La sangre corría en riachuelos por encima y entre sus dedos mientras se hincaba sobre sus rodillas, un leve gorgoteo escapaba de sus labios.

Maya apretó los ojos, con las dos manos sobre su boca. Ella no quería verlo. No quería ver morir a esta mujer por su culpa. Su aliento se agitaba, ahogaba los sollozos. Desde el siguiente cubículo oyó a Sara lloriqueando en voz baja.

Cuando se atrevió a abrir los ojos de nuevo, la mujer le devolvía la mirada. Una mejilla descansaba contra el sucio suelo mojado.

El charco de sangre que se le había escapado del cuello casi llegaba a los pies de Maya.

Rais se dobló en la cintura y limpió su cuchillo en la blusa de la mujer. Cuando volvió a mirar a Maya, no era ira o angustia en sus ojos demasiado verdes. Era decepción.

“Te dije lo que pasaría”, dijo en voz baja. “Intentaste hacerle una señal”.

Las lágrimas nublaron la visión de Maya. “No”, se las arregló para ahogarse. No podía controlar sus labios temblorosos, sus manos temblorosas. “Y-yo no...”

“Sí”, dijo con calma. “Lo hiciste. Su sangre está en tus manos”.

Maya comenzó a hiperventilar, sus respiraciones venían en tragos sibilantes. Se agachó, metiendo la cabeza entre las rodillas, con los ojos cerrados y los dedos en el cabello.

Primero el Sr. Thompson, y ahora esta mujer inocente. Ambos habían muerto simplemente por estar demasiado cerca de ella, demasiado cerca de lo que este maníaco quería; y ya había demostrado dos veces que estaba dispuesto a matar, incluso indiscriminadamente, para conseguir lo que quería.

Cuando finalmente recuperó el control de su respiración y se atrevió a volver a mirar hacia arriba, Rais tenía el bolso negro de la mujer y lo estaba revisando. Ella vio como él sacaba su teléfono y le arrancaba tanto la batería como la tarjeta SIM.

“Levántate”, le ordenó a Maya mientras entraba en el cubículo. Ella se puso de pie rápidamente, aplanándose contra el separador metálico y conteniendo la respiración.

Rais tiró la batería y la SIM por el inodoro. Luego se giró para mirarla, a solo unos centímetros en el estrecho espacio. Ella no podía mirarlo a los ojos. En vez de eso, ella le miró fijamente a la barbilla.

A él le colgaba algo en la cara — un juego de llaves del coche.

“Vamos”, dijo en voz baja. Abandonó el cubículo, aparentemente sin problemas para caminar por el ancho charco de sangre que había en el suelo.

Maya parpadeó. La parada de descanso no se trataba en absoluto de dejarles usar el baño. No era este asesino mostrando una onza de humanidad. Era una oportunidad para él de deshacerse de la camioneta de Thompson. Porque la policía podría estar buscándola.

Al menos ella esperaba que fuera así. Si su padre no había llegado a casa todavía, era poco probable que alguien supiera que las niñas Lawson habían desaparecido.

Maya dio un paso lo más cauteloso posible para evitar el charco de sangre — y para evitar mirar el cuerpo en el suelo. Cada articulación se sentía como gelatina. Se sentía débil e impotente, contra este hombre. Toda la resolución que había reunido hacía solo unos minutos en la camioneta se había disuelto como azúcar en agua hirviendo.

Tomó a Sara de la mano. “No mires”, le susurró, y dirigió a su hermana menor alrededor del cuerpo de la mujer. Sara miró fijamente al techo, tomando largas respiraciones a través de su boca abierta. Lágrimas frescas recorrieron sus dos mejillas. Su cara estaba blanca como una sábana y su mano estaba fría, húmeda.

Rais abrió la puerta del baño unos centímetros y miró hacia afuera. Luego levantó una mano. “Espera”.

Maya miró a su alrededor y vio a un hombre corpulento con una gorra de camionero que se alejaba del baño de hombres, secándose las manos con sus jeans. Ella apretó la mano de Sara, y con la otra, instintivamente, alisó su enredado y desordenado cabello.

Ella no podría luchar contra este asesino, no a menos que tuviera un arma. Ella no podría intentar conseguir la ayuda de un extraño, o podrían sufrir el mismo destino que la mujer detrás de ellos. Ella sólo tenía una opción ahora, y era esperar y confiar en que su padre viniera a buscarlas... lo que él sólo podría hacer si supiera dónde estaban, y no había nada que le ayudara a encontrarlas. Maya no tenía forma de dejar pistas o un rastro.

Sus dedos se engancharon en su cabello y salieron con algunos mechones sueltos. Se los sacudió de la mano y cayeron lentamente al suelo.

Cabello.

Ella tenía cabello. Y el cabello se podía examinar — eso era lo básico para los forenses. Sangre, saliva, cabello. Cualquiera de esas cosas podía probar que había estado en algún lugar, y que aún estaba viva cuando estaba. Cuando las autoridades encontraban el camión de Thompson, encontraban a la mujer muerta y recogían muestras. Encontrarán su cabello. Su padre sabría que habían estado allí.

“Vamos”, les dijo Rais. “Afuera”. Sostuvo la puerta mientras las dos chicas, cogidas de la mano, salían del baño. Él siguió, mirando a su alrededor una vez más para asegurarse de que nadie estaba mirando. Luego sacó el pesado revólver Smith & Wesson del Sr. Thompson y lo volteó en su mano.

Con un solo y sólido movimiento, bajó el mango de la pistola hacia abajo y soltó la manija de la puerta cerrada del baño.

“El auto azul”. Hizo un gesto con la barbilla y guardó el arma. Las niñas caminaron lentamente hacia un sedán azul oscuro estacionado a pocos espacios de la camioneta de Thompson. La mano de Sara temblaba en la de Maya — o podría haber sido Maya la que temblaba, no estaba segura.

Rais sacó el auto del área de descanso y regresó a la interestatal, pero no al sur, como lo había hecho antes. En vez de eso, regresó y se dirigió hacia el norte. Maya entendió lo que estaba haciendo; cuando las autoridades encontraran la camioneta de Thompson, asumirían que continuaría hacia el sur. Lo estarían buscando a él, y a ellas, en los lugares equivocados.

Maya se arrancó unos mechones de pelo y los dejó caer al suelo del coche. El psicópata que las había secuestrado tenía razón en una cosa; su destino estaba siendo determinado por otro poder, en este caso, él. Y era algo que Maya aún no podía comprender plenamente.

Ahora sólo tenían una oportunidad para evitar el destino que les esperaba.

“Papá vendrá”, susurró al oído de su hermana. “Nos encontrará”.

Intentó no sonar tan incierta como se sentía.

CAPÍTULO DOS

Reid Lawson subió rápidamente las escaleras de su casa en Alejandría, Virginia. Sus movimientos parecían como de palo, sus piernas todavía entumecidas por la conmoción que había experimentado unos minutos antes, pero su mirada se fijó en una expresión de sombría determinación. Dio dos pasos a la vez para llegar al segundo piso, aunque temía lo que habría allí arriba — o más bien, lo que no.

En las escaleras y en el exterior hubo una ráfaga de actividad. En la calle frente a su casa había no menos de cuatro coches de policía, dos ambulancias y un camión de bomberos, todo un protocolo para una situación como ésta. Policías uniformados colocaron una cinta de precaución en una X sobre su puerta principal. Los forenses recogieron muestras de sangre de Thompson en el vestíbulo y folículos pilosos de las almohadas de sus hijas.

Reid apenas recordaba haber llamado a las autoridades. Apenas recordó haberle dado una declaración a la policía, un tartamudeante mosaico de frases fragmentadas interrumpidas por breves y jadeantes respiraciones mientras su mente nadaba con horribles posibilidades.

Se había ido el fin de semana con una amiga. Un vecino estaba vigilando a sus chicas.

El vecino estaba muerto. Sus chicas se habían ido.

Reid hizo una llamada cuando llegó a la cima de las escaleras y se alejó de las orejas entrometidas.

“Debiste habernos llamado primero”, dijo Cartwright como saludo. El subdirector Shawn Cartwright era el jefe de la División de Actividades Especiales y, extraoficialmente, el jefe de Reid en la CIA.

Ya se han enterado. “¿Cómo lo supiste?”

“Estás marcado”, dijo Cartwright. “Todos lo estamos. Cada vez que nuestra información aparece en un sistema — nombre, dirección, redes sociales, etc. — se envía automáticamente a la NSA con prioridad. Diablos, si te multan por exceso de velocidad, la agencia lo sabrá antes de que el policía te deje ir”.

“Tengo que encontrarlas”. Cada segundo que pasaba era un estruendoso coro que le recordaba que podría no volver a ver a sus hijas si no se iba ahora, en este instante. “Vi el cuerpo de Thompson. Lleva muerto al menos 24 horas, lo que es una pista importante para nosotros. Necesito equipo, y tengo que irme ahora”.

Dos años antes, cuando su esposa, Kate, murió repentinamente de un derrame cerebral isquémico, se había sentido completamente adormecido. Un sentimiento de aturdimiento y desapego le había alcanzado. Nada parecía real, como si en cualquier momento se despertara de la pesadilla para descubrir que todo había estado en su cabeza.

Él no había estado ahí para ella. Había estado en una conferencia sobre la historia de la antigua Europa; no, esa no era la verdad. Esa fue su historia encubierta mientras estaba en una operación de la CIA en Bangladesh, persiguiendo una pista sobre una facción terrorista.

No estuvo ahí para Kate en ese entonces. No estuvo ahí para sus chicas cuando se las llevaron.

Pero, estaba seguro como el demonio de que iba a estar ahí para ellas ahora.

“Vamos a ayudarte, Cero”, le aseguró Cartwright. “Eres uno de nosotros, y cuidamos de los nuestros. Estamos enviando técnicos a tu casa para que asistan a la policía en su investigación, haciéndose pasar por personal de Seguridad Nacional. Nuestros forenses son más rápidos; deberíamos tener una idea de quién hizo esto dentro de...”

“Sé quién hizo esto”, interrumpió Reid. “Fue él”. No había duda en la mente de Reid de quién era el responsable de esto, de quién había venido a llevarse a sus hijas. “Rais”. Sólo decir el nombre en voz alta renovó la ira de Reid, comenzando en su pecho e irradiando a través de cada miembro. Cerró los puños para evitar que le temblaran las manos. “El asesino de Amón que escapó de Suiza. Fue él”.

Cartwright suspiró. “Cero, hasta que no haya pruebas, no lo sabemos con seguridad”.

“Yo sí. Lo sé. Me envió una foto de ellas”. Él había recibido una foto, enviada al teléfono de Sara desde el de Maya. La foto era de sus hijas, todavía en pijamas, acurrucadas en la parte trasera de la camioneta robada de Thompson.

“Kent”, dijo cuidadosamente el subdirector, “te has hecho muchos enemigos. Esto no confirma...”

“Era él. Sé que fue él. Esa foto es una prueba de vida. Se está burlando de mí. Cualquier otro podría haber...” No se atrevía a decirlo en voz alta, pero cualquiera de los otros miles de enemigos que Kent Steele había acumulado a lo largo de su carrera podría haber matado a sus hijas como venganza. Rais estaba haciendo esto porque era un fanático que creía que estaba destinado a matar a Kent Steele. Eso significaba que, con el tiempo, el asesino querría que Reid lo encontrara y, con suerte, también a las chicas.

Aunque, ya sea que estén vivas o no, cuando yo lo haga... Se agarró la frente con ambas manos como si de alguna manera pudiera sacarse el pensamiento de la cabeza. Mantén la mente despejada. No puedes pensar así.

“¿Cero?” dijo Cartwright. “¿Sigues conmigo?”

Reid respiró tranquilamente. “Estoy aquí. Escucha, tenemos que rastrear la camioneta de Thompson. Es un modelo más nuevo; tiene una unidad GPS. Él también tiene el teléfono de Maya. Estoy seguro de que la agencia tiene el número en el archivo”. Tanto la camioneta como el teléfono podrían ser rastreados; si las ubicaciones se sincronizaran y Rais no se hubiera deshecho de ninguno de ellos todavía, esto les daría una dirección sólida a seguir.

“Kent, escucha...” Cartwright trató de explicarle, pero Reid le cortó inmediatamente.

“Sabemos que hay miembros de Amón en los Estados Unidos”, dijo con nerviosismo. Dos terroristas habían perseguido una vez antes a sus chicas en un muelle en Nueva Jersey. “Así que es posible que haya una casa segura de Amón en algún lugar dentro de las fronteras de los Estados Unidos. Deberíamos contactar a I-6 y ver si podemos obtener información de los detenidos”. I-6 es un lugar negro de la CIA en Marruecos, donde actualmente se encuentran detenidos miembros de la organización terrorista.

“Cero...”, Cartwright intentó de nuevo entrar en la conversación unilateral.

“Estoy empacando una maleta y saliendo por la puerta en dos minutos”, le dijo Reid mientras se apresuraba a entrar a su habitación. Cada momento que pasaba era otro momento en el que sus chicas estaban más lejos de él. “La TSA debería estar alerta, en caso de que intente sacarlas del país. Lo mismo ocurre con los puertos y las estaciones de tren. Y las cámaras de la autopista, podemos acceder a ellas. En cuanto tengamos una pista, que alguien se reúna conmigo. Necesitaré un coche, algo rápido. Y un teléfono de la agencia, un rastreador GPS, armas...”

“¡Kent!” Cartwright ladró al teléfono. “Sólo detente un segundo, ¿de acuerdo?”

“¿Detenerme? Estas son mis niñas, Cartwright. Necesito información. Necesito ayuda...”

El subdirector suspiró pesadamente, e inmediatamente Reid supo que algo andaba muy mal. “No vas a ir a esta operación, agente”, le dijo Cartwright. “Estás demasiado involucrado”.

El pecho de Reid se agitó, la ira volvió a subir. “¿De qué estás hablando?”, preguntó en voz baja. “¿De qué demonios estás hablando? Voy tras mis chicas...”

“No lo harás”.

“Son mis hijas...”

“Escúchate a ti mismo”, dijo Cartwright. “Estás desvariando. Estás sensible. Esto es un conflicto de intereses. No podemos permitirlo”.

“Sabes que soy la mejor persona para esto”, dijo Reid con fuerza. Nadie más iría por sus hijas. Sería él. Tenía que ser él.

“Lo siento. Pero tienes el hábito de atraer el tipo equivocado de atención”, dijo Cartwright, como si esa fuera una explicación. “Los de arriba, están tratando de evitar una... repetición de conducta, si se quiere”.

Reid se opuso. Sabía exactamente de lo que hablaba Cartwright, aunque en realidad no lo recordaba. Hace dos años murió su esposa, Kate, y Kent Steele enterró su dolor en su trabajo. Se fue de cacería durante semanas, cortando la comunicación con su equipo mientras perseguía a los miembros y a las pistas de Amón por toda Europa. Se negó a regresar cuando la CIA lo llamó. No escuchó a nadie — ni a Maria Johansson, ni a su mejor amigo, Alan Reidigger. Por lo que Reid dedujo, dejó a su paso una serie de cuerpos que la mayoría describió como nada menos que un alboroto. De hecho, fue la razón principal por la que el nombre de “Agente Cero” fue susurrado en partes iguales de terror y desdén entre los insurgentes de todo el mundo.

Y cuando la CIA se hartó, enviaron a alguien a matarlo. Enviaron a Reidigger tras él. Pero Alan no mató a Kent Steele; había encontrado otra manera, el supresor de memoria experimental que le permitiría olvidar su vida en la CIA.

“Lo entiendo. Tienes miedo de lo que pueda hacer”.

“Sí”, estuvo de acuerdo Cartwright. “Tienes toda la maldita razón”.

“Deberías tenerlo”.

“Cero”, advirtió el subdirector, “no lo hagas. Nos dejas hacer esto a nuestra manera, para que se pueda hacer de forma rápida, silenciosa y limpia. No te lo voy a repetir”.

Reid terminó la llamada. Iba tras sus chicas, con o sin la ayuda de la CIA.

CAPÍTULO TRES

Después de colgarle al subdirector, Reid se paró en la puerta de la habitación de Sara con la mano en la perilla. No quería entrar ahí. Pero necesitaba hacerlo.

En vez de eso, se distrajo con los detalles que conocía, repasándolos en su mente: Rais había entrado en la casa por una puerta sin llave. No había signos de entrada forzada, ni ventanas ni puertas con cerraduras rotas. Thompson había tratado de luchar contra él; había evidencia de una lucha. Al final, el viejo había sucumbido a las heridas de cuchillo en el pecho. No se habían hecho disparos, pero la Glock que Reid guardaba en la puerta principal había desaparecido. También la Smith & Wesson que Thompson mantenía siempre en la cintura, lo que significaba que Rais estaba armado.

Pero, ¿adónde las llevaría? Ninguna de las pruebas de la escena del crimen que era su casa conducía a un destino.

En la habitación de Sara, la ventana seguía abierta y la escalera de incendios aún desplegada desde el alféizar. Parecía que sus hijas habían intentado, o al menos pensado, intentar bajar por ella. Pero no lo habían logrado.

Reid cerró los ojos y respiró en sus manos, queriendo apartar la amenaza de nuevas lágrimas, de nuevos terrores. Y en vez de eso, recuperó el cargador del teléfono celular, que aún estaba conectado a la pared junto a su mesita de noche.

Había encontrado el teléfono de ella en el sótano, pero no se lo había dicho a la policía. Tampoco les mostró la foto que le había sido enviada con la intención de que la viera. No pudo entregar el teléfono, a pesar de que claramente era una prueba.

Podría necesitarlo.

En su propio dormitorio, Reid conectó el teléfono celular de Sara a la toma de corriente de la pared detrás de su cama. Puso el dispositivo en silencio, y luego activó la transmisión de llamadas y mensajes a su número. Por último, escondió el teléfono entre el colchón y el somier. No quería que se lo llevara la policía. Lo necesitaba para mantenerse activo, por si venían más provocaciones. Las provocaciones podrían convertirse en pistas.

Rápidamente llenó una bolsa con un par de mudas de ropa. No sabía cuánto tiempo iba a estar fuera, hasta dónde tendría que llegar. Hasta los confines de la tierra, si es necesario.

Cambió sus zapatillas por botas. Dejó su billetera en el cajón de su cómoda. En su armario, metido en el pie de un par de zapatos de vestir negros, había un fajo de dinero de emergencia, casi quinientos dólares. Se lo llevó todo.

Sobre su tocador había una foto enmarcada de las chicas. Su pecho se volvió apretado con sólo mirarlo.

Maya tenía su brazo sobre los hombros de Sara. Ambas chicas sonreían ampliamente, sentadas frente a él en un restaurante de mariscos mientras él les tomaba una foto. Era de un viaje familiar a Florida el verano anterior. Lo recordaba bien; había tomado la foto unos momentos antes de que llegara la comida. Maya tenía un daiquiri virgen delante de ella. Sara tenía un batido de vainilla.

Estaban felices. Sonriendo. Contentas. A salvo. Antes de que él les hiciera caer algo de este terror sobre ellas, estaban a salvo. En el momento en que se tomó esta foto, la noción misma de ser perseguidas por radicales con la intención de hacerles daño y ser secuestradas por asesinos, era cosa de fantasía.

Esto es tu culpa.

Volteó el marco y abrió la parte de atrás. Al hacerlo, se hizo una promesa. Cuando él las encontrara — y las voy a encontrar — él habría terminado. Terminado con la CIA. Terminado con las operaciones encubiertas. Terminado con salvar el mundo.

Al diablo con el mundo. Sólo quiero que mi familia esté a salvo y mantenerlas seguras.

Se irían, se mudarían lejos, cambiarían sus nombres si lo necesitaran. Todo lo que importaría por el resto de su vida sería la seguridad de ellas, su felicidad. Su supervivencia.

Tomó la foto del marco, la dobló por la mitad y la metió en el bolsillo de su chaqueta.

Necesitaría un arma. Probablemente podría encontrar una en la casa de Thompson, justo al lado, si se las arreglara para entrar sin que la policía o el personal de emergencia lo vieran...

Alguien se aclaró la garganta en voz alta en el pasillo, una obvia señal de advertencia que significaba para él en caso de que necesitara un momento para calmarse.

“Sr. Lawson”. El hombre entró por la puerta del dormitorio. Era bajo, algo gordo en el medio, pero tenía líneas duras grabadas en su cara. Le recordó a Reid un poco a Thompson, aunque eso podría haber sido sólo culpa. “Soy el detective Noles, del Departamento de Policía de Alejandría. Entiendo que este es un momento muy difícil para usted. Sé que ya ha dado una declaración a los oficiales que respondieron primero, pero tengo algunas preguntas de seguimiento para usted que me gustaría que constaran en acta, por favor, venga conmigo a la comisaría”.

“No”. Reid cogió su bolso. “Voy a encontrar a mis chicas”. Salió de la habitación y pasó al detective.

Noles le siguió rápidamente. “Sr. Lawson, desanimamos a los ciudadanos a tomar medidas en un caso como éste. Déjenos hacer nuestro trabajo. Lo mejor que puede hacer es quedarse en un lugar seguro, con amigos o familia, pero cerca...”

Reid se detuvo al final de las escaleras. “¿Soy sospechoso del secuestro de mis propias hijas, detective?”, preguntó, con voz baja y hostil.

Noles lo miró fijamente. Sus fosas nasales se abrieron brevemente. Reid sabía que su entrenamiento dictaba que este tipo de situación se manejara con delicadeza, para no traumatizar aún más a las familias de las víctimas.

Pero Reid no estaba traumatizado. Estaba furioso.

“Como dije, sólo tengo algunas preguntas de seguimiento”, dijo Noles cuidadosamente. “Me gustaría que me acompañara a la comisaría”.

“No me importan sus preguntas”. Reid le devolvió la mirada. “Voy a entrar en mi auto ahora. La única forma de que me lleven a algún lado es esposado”. Quería que ese detective robusto se fuera de su vista. Por un breve momento incluso consideró mencionar sus credenciales de la CIA, pero no tenía nada que lo respaldara.

Noles no dijo nada cuando Reid se volvió hacia su talón y salió de la casa hacia el camino de entrada.

Aun así, el detective lo siguió, saliendo por la puerta y cruzando el césped. “Sr. Lawson, sólo se lo preguntaré una vez más. Considere por un segundo cómo se ve esto, usted empacando una maleta y huyendo mientras estamos investigando activamente su casa”.

Una fuerte sacudida de ira atravesó a Reid, desde la base de su columna vertebral hasta la parte superior de su cabeza. Casi se le cae el bolso ahí mismo, tanto era su deseo de girarse y golpear al detective Noles en la mandíbula por haber insinuado que podría haber tenido algo que ver con esto.

Noles era un veterano; debe haber sido capaz de leer el lenguaje corporal, pero sin embargo siguió adelante. “Tus chicas están desaparecidas y tu vecino está muerto. Todo esto pasó mientras no estabas en casa, pero no tienes una coartada sólida. No puedes decirnos con quién estabas ni dónde estabas. Ahora te vas corriendo como si supieras algo que nosotros no sabemos. Tengo preguntas, Sr. Lawson. Y conseguiré respuestas”.

Mi coartada. La coartada real de Reid, la verdad, era que había pasado las últimas cuarenta y ocho horas persiguiendo a un enloquecido líder religioso que estaba en posesión de un lote del tamaño de un apocalipsis de viruela mutada. Su coartada era que acababa de llegar a casa después de salvar millones de vidas, tal vez miles de millones, sólo para descubrir que las dos personas que más le importaban en todo el mundo no estaban en ninguna parte.

Pero, no podía decir nada de eso, sin importar cuánto lo deseara. En vez de eso, Reid obligó a bajar su ira y reprimió tanto su puño como su lengua. Se detuvo junto a su coche y se volvió hacia el detective. Al hacerlo, la mano del pequeño hombre se fue moviendo lentamente hacia su cinturón — y hacia sus esposas.

Dos oficiales uniformados que andaban rondando afuera notaron el posible altercado y dieron unos pasos cautelosos hacia él, con las manos también moviéndose hacia sus cinturones.

Desde que el supresor de memoria fue cortado de su cabeza, sentía que Reid tenía dos mentes. Un lado, el lógico, el lado del profesor Lawson, le decía: Retrocede. Haz lo que te pide. Si no, te encontrarás en la cárcel y nunca llegarás a las chicas.

Pero el otro lado, su lado de Kent Steele — el agente secreto, el renegado, el que buscaba emociones — era mucho más ruidoso, gritaba, sabiendo por experiencia que cada segundo contaba desesperadamente.

Ese lado ganó. Reid se puso tenso, listo para una pelea.

CAPÍTULO CUATRO

Durante lo que pareció un largo momento, nadie se movió; ni Reid, ni Noles, ni los dos policías que estaban detrás del detective. Reid se aferró a su bolso de manera amenazante. Si intentaba subirse al auto y marcharse, no tenía ninguna duda de que los oficiales avanzarían sobre él. Y sabía que él reaccionaría en consecuencia.

De repente se oyó el chirrido de los neumáticos y todos los ojos se volvieron hacia un todoterreno negro que se detuvo abruptamente al final de la entrada, perpendicular al propio vehículo de Reid, bloqueándole el paso. Una figura salió y se acercó rápidamente para calmar la situación.

¿Watson? Reid lo dijo casi de golpe.

John Watson era un compañero agente de campo, un hombre alto afroamericano cuyos rasgos eran perpetuamente pasivos. Su brazo derecho estaba suspendido en un cabestrillo azul oscuro; el día anterior había recibido una bala perdida en el hombro, ayudando en la operación a impedir que los radicales islámicos liberaran su virus.

“Detective”. Watson asintió a Noles. “Mi nombre es el Agente Hopkins, Departamento de Seguridad Nacional”. Con su buena mano mostró una placa convincente. “Este hombre necesita venir conmigo”.

Noles frunció el ceño; la tensión del momento anterior se había evaporado, reemplazada por la confusión. “¿Y ahora qué? ¿Seguridad Nacional?”

Watson asintió gravemente. “Creemos que el secuestro tiene algo que ver con una investigación abierta. Voy a necesitar que el Sr. Lawson venga conmigo, ahora mismo”.

“Espera un momento”. Noles agitó la cabeza, aún sorprendido por la repentina intrusión y la rápida explicación. “No puedes irrumpir aquí y tomar el control...”

“Este hombre es un activo del departamento”, interrumpió Watson. Mantuvo la voz baja, como si compartiera un secreto de conspiración, aunque Reid sabía que era un subterfugio de la CIA. “Es del WITSEC”.

Los ojos de Noles se abrieron de par en par hasta el punto en que parecía que se le iban a caer de la cabeza. Reid sabía que WITSEC era un acrónimo del programa de protección de testigos del Departamento de Justicia de los Estados Unidos. Pero Reid no dijo nada; simplemente se cruzó de brazos sobre su pecho y le disparó al detective con una mirada puntiaguda.

“Aun así...” Dijo Noles con vacilación: “Voy a necesitar más que una insignia llamativa...” El celular del detective de repente emitió un tono de llamada.

“Asumo que esa será la confirmación de mi departamento”, dijo Watson mientras Noles tomaba su teléfono. “Vas a querer tomar eso. Sr. Lawson, por aquí, por favor”.

Watson se alejó, dejando a un confundido Detective Noles tartamudeando en su celular. Reid cogió su bolso y continuó, pero se detuvo en el todoterreno.

“Espera”, dijo antes de que Watson pudiera subir al asiento del conductor. “¿Qué es esto? ¿Adónde vamos?”

“Podemos hablar mientras conduzco, o podemos hablar ahora y perder tiempo”.

La única razón por la que Reid podía concebir que Watson estuviera ahí era si la agencia lo envió, con la intención de recoger al Agente Cero para que pudieran vigilarlo.

Negó con la cabeza. “No voy a ir a Langley”.

“Yo tampoco”, contestó Watson. “Estoy aquí para ayudar. Métete en el auto”. Se deslizó en el asiento del conductor.

Reid dudó por un breve momento. Necesitaba estar en la carretera, pero no tenía destino. Necesitaba una pista. Y no tenía ninguna razón para creer que le estaban mintiendo; Watson era uno de los agentes más honestos y respetuosos con las normas que había conocido.

Reid se subió al asiento del pasajero a su lado. Con el brazo derecho en cabestrillo, Watson tuvo que estirar la otra mano sobre su cuerpo para hacer un cambio, y manejó con una mano. Se alejaron en segundos, superando el límite de velocidad en unos quince segundos, moviéndose rápidamente, pero evitando el escrutinio.

Miró el bolso negro en el regazo de Reid. “¿Adónde planeabas ir?”

“Tengo que encontrarlas, John”. Su visión se nublaba al pensar en ellas allá afuera, solas, en las manos de ese loco asesino.

“¿Por tu cuenta? ¿Desarmado, con un teléfono celular civil?” El agente Watson negó con la cabeza. “Deberías saberlo mejor que nadie”.

“Ya hablé con Cartwright”, dijo Reid amargamente.

Watson se burló. “¿Crees que Cartwright estaba solo en la habitación cuando habló contigo? ¿Crees que estaba en una línea segura, en una oficina en Langley?”

Reid frunció el ceño. “No estoy seguro de seguirte. Parece que estás sugiriendo que Cartwright quiere que haga lo que me dijo que no hiciera”.

Watson sacudió la cabeza, sin apartar los ojos de la carretera. “Es algo más, él sabe que vas a hacer lo que te acaba de decir que no hagas, lo quiera o no. Te conoce mejor que la mayoría. Según él, la mejor manera de evitar otro problema es asegurarse de que tienes apoyo esta vez”.

“Él te envió”, murmuró Reid. Watson ni lo confirmó ni lo negó, pero no tuvo que hacerlo. Cartwright sabía que Zero iba tras sus hijas; su conversación había sido para el beneficio de otros oídos en Langley. Aun así, conociendo la inclinación de Watson por la adherencia al protocolo, no tenía sentido para Reid el porqué de su ayuda. “¿Qué hay de ti? ¿Por qué estás haciendo esto?”

Watson solo se encogió de hombros. “Hay un par de niñas ahí afuera. Asustadas, solas, en malas manos. Eso no me agrada mucho”.

No era realmente una respuesta, y podría no haber sido la verdad, pero Reid sabía que era lo mejor que iba a sacar del agente estoico.

No pudo evitar pensar que parte de la aquiescencia de Cartwright para ayudarlo era una medida de culpa. Dos veces durante su ausencia, Reid le había pedido al subdirector que pusiera a sus hijas en una casa segura. Pero en vez de eso, el subdirector puso excusas sobre la mano de obra, sobre la falta de recursos... Y ahora ya no están.

Cartwright pudo haber evitado esto. Podría haber ayudado. De nuevo Reid sintió que su cara se calentaba cuando una oleada de ira se elevaba dentro de él, y de nuevo la sofocó. No era el momento para eso. Ahora era el momento de ir tras ellas. No importaba nada más.

Voy a encontrarlas. Voy a traerlas de vuelta. Y voy a matar a Rais.

Reid respiró profundamente, por la nariz y por la boca. “¿Qué sabemos hasta ahora?”

Watson agitó la cabeza. “No mucho. Lo descubrimos justo después de que lo hicieras, cuando llamaste a la policía. Pero la agencia está en ello. Deberíamos tener una pista en breve”.

“¿Quién está en ello? ¿Alguien que conozca?”

“El director Mullen se lo dio a Operaciones Especiales, así que Riker tomará el mando...”

Reid se encontró burlándose en voz alta de nuevo. Menos de cuarenta y ocho horas antes, un recuerdo había regresado a Reid, uno de su vida anterior como Agente Kent Steele. Todavía estaba nublado y fragmentado, pero se trataba de una conspiración, una especie de encubrimiento del gobierno. Una guerra pendiente. Hace dos años, él lo sabía — al menos había conocido parte de ella — y había estado trabajando para construir un caso. A pesar de lo poco que sabía, estaba seguro de que al menos algunos miembros de la CIA estaban involucrados.

En la cima de su lista estaba la recién nombrada subdirectora Ashleigh Riker, jefa del Grupo de Operaciones Especiales. Y a pesar de su falta de confianza en ella, él definitivamente no esperaba que ella pusiera su mejor empeño en encontrar a sus hijas.

“Asignó a un chico nuevo, joven, pero capaz”, continuó Watson. “El nombre es Strickland. Es un ex Ranger del Ejército, excelente rastreador. Si alguien puede encontrar a quien hizo esto, será él. Aparte de ti, claro está”.

“Sé quién hizo esto, John”. Reid agitó la cabeza amargamente. Inmediatamente pensó en Maria; ella era una compañera de agente, una amiga, tal vez más — y definitivamente una de las únicas personas en las que Reid podía confiar. Lo último que supo es que Maria Johansson estaba en una operación rastreando a Rais hacia Rusia. “Necesito contactar a Johansson. Ella debería saber lo que pasó”. Él sabía que hasta que pudiera probar que era Rais, la CIA no la traería de vuelta.

“No podrás hacerlo, no mientras ella esté en el campo”, contestó Watson. “Pero puedo intentar comunicarme con ella de otra manera. Le diré que te llame cuando encuentre una línea segura”.

Reid asintió. No le gustaba no poder contactar a Maria, pero tenía pocas opciones. Los teléfonos personales nunca se utilizaron en las operaciones, y la CIA probablemente estaría monitoreando su actividad.

“¿Vas a decirme adónde vamos?” preguntó Reid. Se estaba poniendo ansioso.

“Con alguien que pueda ayudar. Aquí”. Le tiró a Reid un pequeño teléfono plateado, un teléfono desechable, uno que la CIA no podía rastrear a menos que lo conocieran y tuvieran el número. “Hay unos cuantos números programados ahí dentro. Una es una línea segura para mí. Otra es para Mitch”.

Reid parpadeó. No conocía a ningún Mitch. “¿Quién diablos es Mitch?”

En vez de contestar, Watson sacó el todoterreno de la carretera y se metió en el camino de un taller de carrocería llamado Third Street Garage. Introdujo el vehículo en una bahía abierta del garaje y lo estacionó. Tan pronto como cortó la corriente, la puerta del garaje retumbó lentamente detrás de ellos.

Ambos salieron del auto mientras los ojos de Reid se ajustaban a la oscuridad relativa. Luego las luces se encendieron, con brillantes bombillas fluorescentes que hacían que los puntos nadaran en su visión.

Al lado del todoterreno, en la segunda bahía del garaje, había un coche negro, un modelo de finales de los ochenta Trans Am. No era mucho más joven que él, pero la pintura parecía reluciente y nueva.

También en la bahía del garaje con ellos había un hombre. Llevaba un mono azul oscuro que apenas ocultaba manchas de grasa. Sus rasgos estaban oscurecidos por una enredada masa de barba marrón y una gorra de béisbol roja sobre su frente, con el borde descolorido por el sudor seco. El mecánico se limpió lentamente las manos con un trapo sucio y manchado de aceite, mirando a Reid.

“Este es Mitch”, le dijo Watson. “Mitch es un amigo”. Le lanzó un anillo de llaves a Reid y le señaló el Trans Am. “Es un modelo más antiguo, así que no hay GPS. Es confiable. Mitch lo ha estado arreglando durante los últimos años. Así que trata de no destruirlo”.

“Gracias”. Él había estado esperando algo más discreto, pero tomaría lo que pudiera. “¿Qué es este lugar?”

“¿Esto? Esto es un garaje, Kent. Arreglan autos aquí”.

Reid puso los ojos en blanco. “Ya sabes a qué me refiero”.

“La agencia ya está tratando de ponerte los ojos y oídos encima”, explicó Watson. “De cualquier manera que puedan rastrearte, lo harán. A veces en nuestra línea de trabajo se necesitan... amigos en el exterior, por así decirlo”. Señaló de nuevo hacia el fornido mecánico. “Mitch es un activo de la CIA, alguien que recluté en mis días en la División de Recursos Nacionales. Es un experto en ‘adquisición de vehículos’. Si necesitas llegar a algún lado, llámalo”.

Reid asintió. No sabía que Watson había estado en la colección de activos antes de ser un agente de campo; aunque, para ser justos, ni siquiera estaba seguro de que John Watson fuera su verdadero nombre.

“Vamos, tengo algunas cosas para ti”. Watson abrió el maletero y bajó la cremallera de un bolso de lona negro.

Reid dio un paso atrás, impresionado; dentro de la bolsa había una serie de suministros, incluyendo dispositivos de grabación, una unidad de rastreo GPS, un escáner de frecuencia, y dos pistolas — una Glock 22, y su respaldo de elección, la Ruger LC9.

Agitó la cabeza con incredulidad. “¿Cómo conseguiste todo esto?”

Watson se encogió de hombros. “Tuve un poco de ayuda de un amigo en común”.

Reid no tenía que preguntar. Bixby. El excéntrico ingeniero de la CIA que pasaba la mayor parte de su tiempo despierto en un laboratorio subterráneo de investigación y desarrollo debajo de Langley.

“Él y tú se conocen desde hace mucho tiempo, aunque no lo recuerdes todo”, dijo Watson. “Aunque se aseguró de mencionar que aún le debes algunas pruebas”.

Reid asintió. Bixby era uno de los coinventores del supresor de memoria experimental que se había instalado en su cabeza, y el ingeniero le había preguntado si podía realizar algunas pruebas en la cabeza de Reid.

Puede abrirme el cráneo si eso significa recuperar a mis hijas. Sintió otra abrumadora y poderosa ola de emoción estrellarse sobre él, sabiendo que había gente dispuesta a romper las reglas, a ponerse en peligro para ayudarlo — gente con la que apenas podía recordar haber tenido una relación. Parpadeó ante la amenaza de que las lágrimas le picaran los ojos.

“Gracias, John. De verdad”.

“No me lo agradezcas todavía. Apenas hemos empezado”. El teléfono de Watson sonó en su bolsillo. “Ese debe ser Cartwright. Dame un minuto”. Se retiró a un rincón para atender la llamada, en voz baja.

Reid cerró la cremallera del bolso y cerró de golpe el maletero. Mientras lo hacía, el mecánico gruñó, haciendo un sonido entre aclararse la garganta y murmurar algo.

“¿Dijiste algo?” preguntó Reid.

“Dije que lo sentía. Sobre tus hijas”. La expresión de Mitch estaba bien escondida detrás de su barba canosa y su gorra de béisbol, pero su voz sonaba genuina.

“¿Sabes de... ellas?”

El hombre asintió. “Ya está en las noticias. Sus fotos, una línea directa para llamar con pistas o avisos”.

Reid se mordió el labio. No había pensado en eso, en la publicidad y en la invariable conexión con él. Inmediatamente pensó en la tía Linda, que vivía en Nueva York. Este tipo de cosas tenían una forma de propagarse rápidamente, y si se enteraba de ello, se llenaría de preocupación, llamando y llamando al teléfono de Reid para pedir información y sin obtener nada.

“Tengo algo”, dijo Watson de repente. “Hallaron la camioneta de Thompson en un área de descanso a 70 millas al sur de aquí, en la I-95. Una mujer fue encontrada muerta en la escena. Le cortaron el cuello, le quitaron el coche y le quitaron la identificación”.

“¿Así que no sabemos quién era ella?” preguntó Reid.

“Aún no. Pero estamos en ello. Tengo a un técnico dentro escaneando las ondas de la policía y vigilando vía satélite. Tan pronto como algo sea reportado, lo sabrás”.

Reid gruñó. Sin una identificación no podrían encontrar el vehículo. A pesar de que no era una gran pista, era algo para seguir adelante, y él estaba ansioso por estar en el seguimiento. Tenía la puerta del Trans Am abierta y preguntó: “¿Qué salida?”

Watson negó con la cabeza. “No vayas allí, Kent. Estará lleno de policías, y estoy seguro de que el agente Strickland está en camino”.

“Tendré cuidado”. No confiaba en que la policía o este agente novato encontraría todo lo que él quería. Además, si Rais estaba jugando esto de la manera en que Reid pensó que lo haría, podría haber otra pista en forma de burla, algo que tendría sentido sólo para él.

La foto de sus hijas volvió a pasar por su memoria, la que Rais había enviado desde el teléfono de Maya, y le recordó una última cosa. “Toma, guarda esto por mí”. Le dio a Watson su teléfono

personal. “Rais tiene el número de Sara, y yo tengo su teléfono desviado al mío. Si algo llega, quiero saberlo”.

“Seguro. La escena del crimen está en la salida 63. ¿Necesitas algo más?”

“No olvides hacer que Maria me llame”. Se sentó al volante del coche deportivo y le asintió a Watson. “Gracias. Por toda tu ayuda”.

“No lo hago por ti”, le recordó Watson sombríamente. “Lo hago por esas niñas. ¿Y Cero? Si me descubren, si estoy comprometido de alguna manera, si descubren lo que estoy haciendo contigo, estoy fuera. ¿Entiendes? No puedo permitirme que la agencia me ponga en la lista negra”.

El instinto inicial de Reid fue un rápido oleaje de ira — esto es por mis niñas, ¿y él tiene miedo de que lo pongan en la lista negra? — pero la sofocó tan rápido como apareció. Watson era un aliado inesperado en todo esto, y el hombre estaba arriesgando su cuello por sus hijas. No por él, sino por dos niñas que sólo había conocido brevemente.

Reid asintió con fuerza. “Entiendo”. Al mecánico solemne y gruñón le dijo: “Gracias, Mitch. Aprecio tu ayuda”.

Mitch gruñó en respuesta y apretó el interruptor para abrir la bahía del garaje mientras Reid subía al Trans Am. El interior era de cuero negro, limpio y de olor agradable. El motor dio la vuelta inmediatamente y resonó bajo el capó. Un modelo de 1987, le dijo su cerebro. Motor V8 de 5.0 litros. Al menos 250 caballos de fuerza.

Salió del garaje de Third Street Garage y se dirigió a la carretera, con las manos bien apretadas alrededor del volante. Los horrores que habían estado pasando por su cabeza anteriormente fueron reemplazados por una firme resolución, una dura determinación. Había una línea telefónica directa. La policía estaba en ello. La CIA estaba en ello. Y ahora él también estaba en la carretera tras ellas.

Estoy en camino. Papá viene por ustedes.

Y por él.

CAPÍTULO CINCO

“Deberías comer”. El asesino señaló a una caja de comida china para llevar en la mesita de noche junto a la cama.

Maya sacudió la cabeza. La comida ya estaba muy fría y ella no tenía hambre. En vez de eso, se sentó en la cama con las rodillas flexionadas, con Sara recostada con la cabeza en el regazo de su hermana mayor. Las chicas estaban esposadas juntas, la muñeca izquierda de Maya y la derecha de Sara. De dónde había sacado las esposas, ella no lo sabía, pero el asesino les había advertido varias veces que, si alguna de ellas intentaba escapar o hacer ruido, la otra sufriría por ello.

Rais estaba sentado en un sillón cerca de la puerta del sórdido cuarto de motel con alfombra naranja y paredes amarillas. La habitación olía a humedad y el baño olía a lejía. Habían estado allí durante horas; el antiguo despertador de cabecera le decía en números de bloque de LED rojos que eran las dos y media de la madrugada. La televisión estaba encendida, sintonizada en una estación de noticias con el volumen bajo.

Una camioneta blanca estaba estacionada directamente afuera, a pocos metros de la puerta; el asesino la había robado al anochecer de un lote de autos usados. Era la tercera vez que cambiaban de coche ese día, de la camioneta de Thompson al sedán azul y ahora a la camioneta blanca. Cada vez que lo hicieron, Rais cambió de dirección, dirigiéndose primero hacia el sur, luego hacia el norte y luego hacia el noreste, hacia la costa.

Maya entendió lo que él estaba haciendo; un juego de gato y ratón, dejando los vehículos robados en diferentes lugares para que las autoridades no tuvieran idea de hacia dónde se dirigían. Su habitación de motel estaba a menos de diez millas de Bayona, no lejos de la frontera con Nueva Jersey y Nueva York. El motel en sí era una porción de edificio tan deteriorado y francamente asqueroso que conducir por él daba la impresión de que había estado cerrado durante años.

Ninguna de las dos había dormido mucho. Sara había tenido una siestita en los brazos de Maya, durmiendo veinte o treinta minutos a la vez antes de despertarse de cualquier sueño que estuviera teniendo y recordar dónde estaba.

Maya había luchado contra el cansancio, tratando de permanecer despierta el mayor tiempo posible; Rais tenía que dormir alguna vez, ella lo sabía, y podía darles unos minutos preciosos que necesitaban para salir corriendo. Pero el motel estaba ubicado en un parque industrial. Vio que cuando entraron no había casas cerca ni otros negocios que estuvieran abiertos a esta hora de la noche. Ni siquiera estaba segura de que hubiera alguien en la oficina del motel. No tendrían adónde ir excepto a la noche, y las esposas las retrasarían.

Eventualmente, Maya había sucumbido a la fatiga y se había dormido sin querer. Ella había dormido menos de una hora cuando se despertó con un ligero jadeo — y luego volvió el jadeo cuando, sorprendida, vio a Rais sentado en el sillón a sólo un metro de ella.

La miraba directamente, con los ojos bien abiertos. Sólo observaba.

Había hecho que su piel se erizara... hasta que pasó un minuto entero, y luego otro. Ella lo miró, observándolo fijamente, su miedo se mezclaba con curiosidad. Entonces se dio cuenta.

Él duerme con los ojos abiertos.

No estaba segura si eso era más perturbador que despertarse para encontrarlo vigilándola o no.

Entonces él parpadeó, y ella succionó otro grito de asombro, con el corazón saltando en su garganta.

“Nervios faciales dañados”, dijo en voz baja, casi un susurro. “He oído que puede ser bastante inquietante”. Señaló a la caja de restos de comida china que había sido entregada en su habitación horas antes. “Deberías comer”.

Ella negó con la cabeza, acunando a Sara en su regazo.

La estación de noticias de poco volumen estaba repitiendo los principales titulares de ese día. Una organización terrorista ha sido considerada responsable de la liberación de un virus mortal de viruela en España y otras partes de Europa; su líder, así como el virus, han sido detenidos y varios otros miembros están ahora bajo custodia. Esa tarde, Estados Unidos había levantado oficialmente su prohibición internacional de viajar a todos los países excepto a Portugal, España y Francia, donde todavía había incidentes aislados de viruela mutada. Pero, todo el mundo parecía confiar en que la Organización Mundial de la Salud tenía la situación bajo control.

Maya sospechaba que su padre había sido enviado para ayudar en ese caso. Se preguntaba si él había sido el que había derribado al cabecilla. Se preguntaba si ya había vuelto al país.

Se preguntaba si había encontrado el cuerpo del Sr. Thompson. Si se había dado cuenta de que estaban desaparecidas, o si cualquiera se había dado cuenta de que estaban desaparecidas.

Rais se sentó en la silla amarilla con un teléfono celular apoyado en el descansabrazo. Era un teléfono de estilo antiguo, prácticamente prehistórico para los estándares de hoy en día, no era bueno para nada más que para llamadas y mensajes. Un teléfono desechable, Maya había oído esas cosas en la televisión. No se conectaba a Internet y no tenía GPS, lo que ella sabía por los programas de procedimiento de la policía suponía que sólo se podía rastrear por el número de teléfono, que alguien tendría que tener.

Rais estaba esperando algo, al parecer. Una llamada o un mensaje. Maya quería desesperadamente saber adónde iban, si es que había un destino. Sospechaba que Rais quería que su padre los encontrase, que los localizase, pero el asesino no parecía tener prisa por llegar a ninguna parte. ¿Era este su juego, se preguntaba ella, robar coches y cambiar de dirección, eludiendo a las autoridades, con la esperanza de que su padre fuera el primero en encontrarlos? ¿Seguirían rebotando de un lugar a otro hasta que hubiera un enfrentamiento?

De repente, un tono de llamada monofónico resonó desde el teléfono desechable al lado de Rais. Sara saltó ligeramente en sus brazos con la fuerte intrusión.

“Hola”. Rais contestó el teléfono sin rodeos. “Ano”. Se levantó de su silla por primera vez en tres horas mientras pasaba del inglés a una lengua extranjera. Maya sólo sabía inglés y francés, y podía reconocer un puñado de otros idiomas a partir de palabras y acentos simples, pero no sabía éste. Era una lengua gutural, pero no del todo desagradable.

¿Ruso?, pensó ella. No. Polaco, tal vez. Era inútil adivinar; no podía estar segura, y saber no le ayudaría a entender nada de lo que se decía.

Aun así, ella escuchó, notando el uso frecuente de los sonidos “z” y “ski”, tratando de distinguir cognados, de los cuales parecía no haber ninguno.

Sin embargo, hubo una palabra que ella pudo distinguir, y eso hizo que se le helara la sangre.

“Dubrovnik”, dijo el asesino, como si fuera una confirmación.

¿Dubrovnik? La geografía era una de sus mejores asignaturas; Dubrovnik era una ciudad del suroeste de Croacia, un puerto marítimo famoso y un destino turístico popular. Pero, más importante que eso fue la implicación de la palabra mencionada.

Significaba que Rais planeaba sacarlas del país.

“Ano”, dijo (lo que parecía una afirmación; ella supuso que significaba “sí”) Y luego: “Port Jersey”.

Eran las únicas dos palabras en inglés en toda la conversación además de “hola”, y ella las identificó con facilidad. Su motel ya estaba cerca de Bayona, a un tiro de piedra del puerto industrial de Jersey. Lo había visto muchas veces antes, cruzando el puente de Jersey a Nueva York o viceversa, montones y montones de contenedores de carga multicolores que eran embarcados por grúas en vastos y oscuros barcos que los llevarían a ultramar.

Su ritmo cardíaco se triplicó. Rais iba a sacarlas de los EE.UU., vía Puerto Jersey, a Croacia. Y a partir de ahí... ella no tenía ni idea, y nadie más lo sabría. Habría pocas esperanzas de que las volvieran a encontrar.

Maya no podía permitirlo. Su determinación de defenderse se fortaleció; su determinación de hacer algo al respecto volvió a cobrar vida.

El trauma de ver a Rais cortar la garganta de la mujer en el baño de la parada de descanso temprano ese día aún persistía; ella lo veía cada vez que cerraba los ojos. La mirada vacía y muerta. El charco de sangre casi le toca los pies. Pero entonces, tocó el cabello de su hermana y supo que aceptaría absolutamente el mismo destino si eso significaba que Sara estaría a salvo y lejos de este hombre.

Rais continuó su conversación en el idioma extranjero, charlando en frases cortas y acentuadas. Se giró y abrió ligeramente las gruesas cortinas, sólo una pulgada más o menos, para asomarse al aparcamiento.

Estaba de espaldas a ella, probablemente por primera vez desde que habían llegado al sórdido motel.

Maya extendió la mano y con mucho cuidado abrió el cajón de la mesita de noche. Era todo lo que podía alcanzar, esposada a su hermana y sin moverse de la cama. Su mirada se movió nerviosa hacia la espalda de Rais, y luego hacia el cajón.

Había una Biblia en ella, una muy antigua con una piel astillada y pelada en el lomo. Y al lado había un simple bolígrafo azul.

Lo cogió y volvió a cerrar el cajón. En casi el mismo momento, Rais se dio la vuelta. Maya se quedó helada, con la pluma aferrada a su puño cerrado.

Pero él no le prestó atención. Parecía aburrido con la llamada en este momento, ansioso por colgar el teléfono. Algo en la televisión llamó su atención durante unos segundos y Maya escondió el bolígrafo en la cintura elástica de su pijama de franela.

El asesino gruñó una despedida a medias y terminó la llamada, arrojando el teléfono sobre el cojín del sillón. Se volvió hacia ellas, escudriñando a cada una. Maya miró hacia adelante, con la mirada tan vacía como pudo, pretendiendo ver el noticiero. Pareciendo satisfecho, él volvió a ocupar su puesto en la silla.

Maya acarició suavemente la espalda de Sara con su mano libre mientras su hermana menor miraba la televisión, o quizás nada en absoluto, con los ojos semicerrados. Después del incidente en el baño en la parada de descanso, Sara tardó horas en dejar de llorar, pero ahora simplemente yacía allí, con la mirada vacía y vidriada. Parecía que no le quedaba nada.

Maya subió y bajó sus dedos por la columna de su hermana en un intento por consolarla. No había manera de que se comunicaran entre ellas; Rais había dejado claro que no se les permitía hablar a menos que se les hiciera una pregunta. No había forma de que Maya transmitiera un mensaje, de crear un plan.

Aunque... quizás no tiene que ser verbal, pensó ella.

Maya dejó de tocar la espalda de su hermana por un momento. Cuando prosiguió, tomó su dedo índice y subrepticamente dibujó la lenta y perezosa forma de una letra entre los omóplatos de Sara: una A grande.

Sara levantó la cabeza con curiosidad por un momento, pero no miró a Maya ni dijo nada. Maya esperaba desesperadamente que lo entendiera.

P, ella dibujó a continuación.

Luego R.

Rais se sentó en la silla con la visión periférica de Maya. Ella no se atrevió a mirarlo por miedo a parecer sospechosa. En vez de eso, miró fijamente hacia adelante, como lo había hecho, y dibujó las letras.

I. E. T. A.

Ella movió su dedo lentamente, deliberadamente, haciendo una pausa de dos segundos entre cada letra y cinco segundos entre cada palabra hasta que deletreó su mensaje.

Aprieta mi mano si lo entiendes.

Maya ni siquiera vio a Sara moverse. Pero sus manos estaban cerca, debido a que estaban esposadas, y ella sintió que fríos y húmedos dedos se cerraban con fuerza alrededor de los suyos por un momento.

Ella lo entendió. Sara recibió el mensaje.

Maya comenzó de nuevo, moviéndose lo más lentamente posible. No había prisa, y necesitaba asegurarse de que Sara entendiera cada palabra.

Si tienes una oportunidad, escribió ella, huye.

No mires atrás.

No esperes por mí.

Encuentra ayuda. Encuentra a papá.

Sara se quedó allí, callada y perfectamente quieta, durante todo el mensaje. Fueron las tres y cuarto antes de que Maya terminara. Finalmente, sintió el toque frío de un dedo delgado en la palma de su mano izquierda, parcialmente anidada bajo la mejilla de Sara. El dedo trazó un patrón en la palma de su mano, la letra N.

No sin ti, dijo el mensaje de Sara.

Maya cerró los ojos y suspiró.

Tienes que hacerlo, contestó ella. O no hay oportunidad para ninguna de las dos.

No le dio a Sara la oportunidad de responder. Cuando terminó su mensaje, se aclaró la garganta y dijo en voz baja: “Tengo que ir al baño”.

Rais levantó una ceja y señaló hacia la puerta abierta del baño en el extremo opuesto de la habitación. “Por supuesto”.

“Pero...” Maya levantó su muñeca encadenada.

“¿Y qué?”, preguntó el asesino. “Llévatela contigo. Tienes una mano libre”.

Maya se mordió el labio. Ella sabía lo que él estaba haciendo; la única ventana en el baño era pequeña, apenas lo suficientemente grande para que Maya pudiera pasar y totalmente imposible mientras estuviera esposada a su hermana.

Ella se bajó de la cama lentamente, empujando a su hermana a que la acompañara. Sara se movía mecánicamente, como si hubiera olvidado cómo usar correctamente sus miembros.

“Tienes un minuto. No cierres la puerta con llave”, advirtió Rais. “Si lo haces, la derribaré”.

Maya guió el camino y cerró la puerta del pequeño baño, apretado con las dos de pie en él. Ella encendió la luz — con bastante certeza de que vio a una cucaracha deslizándose por debajo del fregadero — y luego encendió el ventilador del baño, que zumbaba fuerte sobre su cabeza.

“No lo haré”, susurró Sara casi inmediatamente. “No me iré sin...”

Maya rápidamente puso un dedo en sus propios labios para hacer una señal de silencio. Por lo que ella sabía, Rais estaba parado al otro lado de la puerta con una oreja. Él no se arriesgaría.

Rápidamente sacó el bolígrafo del dobladillo de sus pantalones. Necesitaba algo para escribir, y lo único disponible era papel higiénico. Maya arrancó algunos cuadrados y los extendió sobre el pequeño fregadero, pero cada vez que presionaba el bolígrafo, el papel se rompía con facilidad. Lo intentó de nuevo con unos pocos cuadrados nuevos, pero de nuevo el papel se rompió.

Esto es inútil, pensó amargamente. La cortina de la ducha no le serviría de nada; era sólo una sábana de plástico que colgaba sobre la bañera. No había cortinas sobre la pequeña ventana.

Pero había algo que le vendría bien.

“Quédate quieta”, susurró al oído de su hermana. Los pantalones de pijama de Sara eran blancos con una impresión de piña y tenían bolsillos. Maya dio vuelta uno de los bolsillos y, con tanto cuidado como pudo, lo arrancó hasta que tuvo un trozo de tela triangular de bordes ásperos que tenía la huella frutal en un lado, pero que era totalmente blanca en el otro.

Rápidamente lo aplanó en el fregadero y escribió cuidadosamente mientras su hermana observaba. La pluma se enganchó varias veces en la tela, pero Maya se mordió la lengua para evitar gruñir de frustración mientras escribía una nota.

Port Jersey.

Dubrovnik.

Ella quería escribir más, pero se le estaba acabando el tiempo. Maya guardó el bolígrafo debajo del fregadero y enrolló la nota de tela en un cilindro. Luego buscó desesperadamente un lugar donde esconder la nota. No podía simplemente pegarlo debajo del fregadero con el bolígrafo; eso sería demasiado llamativo, y Rais era minucioso. La ducha estaba fuera de discusión. Mojar la nota haría que la tinta se corriera.

Un golpe brusco en la delgada puerta del baño las asustó a ambas.

“Ha pasado un minuto”, dijo Rais claramente desde el otro lado.

“Ya casi termino”, dijo apresuradamente. Contuvo la respiración mientras levantaba la tapa del tanque del inodoro, esperando que el ruidoso ventilador del baño ahogara cualquier ruido de rascado. Ella enroscó la nota enrollada a través de la cadena en el mecanismo de lavado, lo suficientemente alto como para que no tocara el agua.

“Dije que tenías un minuto. Voy a abrir la puerta”.

“¡Sólo dame unos segundos, por favor!” Maya suplicó mientras colocaba rápidamente la tapa. Por último, se sacó unos pelos de la cabeza y los dejó caer sobre el tanque cerrado del inodoro. Con un poco de suerte — con mucha suerte — cualquiera que siguiera el rastro de ellas reconocería la pista.

Ella sólo podía tener esperanza.

La perilla de la puerta del baño se giró. Maya tiró de la cadena y se agachó en un gesto para sugerir que se estaba subiendo los pantalones del pijama.

Rais metió la cabeza en la puerta abierta, con la mirada dirigida al suelo. Poco a poco se acercó a las dos chicas, inspeccionando a cada una de ellas.

Maya contuvo la respiración. Sara tomó la mano encadenada de su hermana y sus dedos se entrelazaron.

“¿Terminaste?”, preguntó lentamente.

Ella asintió.

Él miró de izquierda a derecha en desagrado. “Lávate las manos. Esta habitación es asquerosa”.

Maya lo hizo, lavándose las manos con un jabón naranja arenoso mientras la muñeca de Sara colgaba coja junto a la suya. Se secó las manos con la toalla marrón y el asesino asintió.

“De vuelta a la cama. Vayan”.

Ella llevó a Sara de vuelta a la habitación y a la cama. Rais se quedó un momento, mirando alrededor del pequeño baño. Luego apagó el ventilador y la luz y regresó a su silla.

Maya puso su brazo alrededor de Sara y la abrazó.

Papá la encontrará, pensó ella desesperadamente. La encontrará. Sé que lo hará.

CAPÍTULO SEIS

Reid se dirigió hacia el sur por la interestatal, procurando con esfuerzo mantener la línea que separaba el exceso de velocidad y el llegar allí rápidamente mientras se acercaba a la parada de descanso donde la camioneta de Thompson había sido abandonada. A pesar de su ansiedad por conseguir una pista, o encontrar una clave, estaba empezando a sentirse optimista acerca de estar en la carretera. Su dolor aún estaba presente, con el estómago pesado como si se hubiera tragado una bola de boliche, pero ahora estaba envuelto en una cáscara de resolución y tenacidad.

Ya estaba sintiendo la sensación familiar de su personaje, Kent Steele, tomando las riendas mientras corría por la carretera en el Trans Am negro, con un maletero lleno de armas y artefactos a su disposición. Había un momento y un lugar para ser Reid Lawson, pero no era éste. Kent también era su padre, lo supieran las chicas o no. Kent había sido el marido de Kate. Y Kent era un hombre de acción. No esperaba a que la policía encontrara una pista, a que otro agente hiciera su trabajo.

Él iba a encontrarlas. Sólo necesitaba saber adónde iban.

La interestatal que se dirigía al sur a través de Virginia era en su mayor parte recta, de dos carriles, alineada a ambos lados con árboles gruesos y completamente monótona. La frustración de Reid crecía con cada minuto que pasaba que no llegaba lo suficientemente rápido.

¿Por qué al sur?, pensó. ¿Adónde las llevará Rais?

¿Qué haría yo en su lugar? ¿Adónde iría yo?

“Eso es”, se dijo a sí mismo en voz alta cuando una realización lo sorprendió como un golpe en la cabeza. Rais quería ser encontrado — pero no por la policía, el FBI u otro agente de la CIA. Quería ser encontrado por Kent Steele, y sólo por Kent Steele.

No puedo pensar en términos de lo él que haría. Tengo que pensar en lo que yo haría.

¿Qué haría yo?

Las autoridades supondrían que, dado que el camión fue encontrado al sur de Alejandría, Rais estaba llevando a las niñas más al sur. “Lo que significa que yo iría...”

Su meditación fue interrumpida por el tono a todo volumen del teléfono desechable conectado a la consola central.

“Ve al norte”, dijo Watson inmediatamente.

“¿Qué encontraste?”

“No hay nada que encontrar en la parada de descanso. Da la vuelta primero. Luego hablaremos”.

No fue necesario decírselo dos veces a Reid. Dejó caer el teléfono en la consola, bajó a tercera y sacudió la rueda a la izquierda. No había muchos autos en la carretera a esta hora del día en domingo; el Trans Am cruzó el carril vacío y patinó de lado hacia el terraplén cubierto de hierba. Sus ruedas no chirriaban contra el pavimento ni perdían su firmeza cuando el suelo se volvía blando debajo de ellas — Mitch debe haber instalado neumáticos radiales de alto rendimiento. El Trans Am se coló a través de la parte media, la parte delantera giraba sólo un poco mientras sacaba una cascada de suciedad detrás de él.

Reid enderezó el coche mientras cruzaba la estrecha y árida franja entre los tramos de la autopista. Cuando el coche encontró asfalto de nuevo, pisó el embrague, subió de marcha y pisó el pedal. El Trans Am se lanzó hacia adelante como un rayo en el carril opuesto.

Reid luchó contra la repentina euforia que se le clavó en el pecho. Su cerebro reaccionaba con fuerza ante cualquier cosa que produjera adrenalina; anhelaba la emoción, la posibilidad fugaz de perder el control y el placer estimulante de recuperarlo.

Reid luchó contra la repentina euforia que se le clavó en el pecho. Su cerebro reaccionaba con fuerza ante cualquier cosa que produjera adrenalina; anhelaba la emoción, la posibilidad fugaz de perder el control y el placer estimulante de ganar ese control de nuevo.

“Dirigiéndome al norte”, dijo Reid mientras volvía a coger el teléfono. “¿Qué encontraste?”

“Tengo un técnico monitoreando las ondas de la policía. No te preocupes, confío en él. Un sedán azul fue reportado abandonado en un lote de autos usados esta mañana. En él encontraron un bolso, con identificaciones y tarjetas de la mujer que fue asesinada en el área de descanso”.

Reid frunció el ceño. Rais había robado el coche y lo había abandonado rápidamente. “¿Dónde?”

“Esa es la cuestión. Está a unas dos horas al norte de tu ubicación actual, en Maryland”.

Se burló frustrado. “¿Dos horas? No tengo tanto tiempo que perder. Ya tiene una gran ventaja sobre nosotros”.

“Trabajando en ello”, dijo Watson crípticamente. “Hay más. El concesionario dice que falta un auto de su lote, una camioneta blanca, de unos ocho años de antigüedad. No tenemos nada con lo que rastrearla más que esperar a que la descubran. La imagen satelital sería como una aguja en un pajar...”

“No”, dijo Reid. “No, no te molestes. La camioneta probablemente será otro callejón sin salida. Está jugando con nosotros. Cambiando de dirección, tratando de despistarnos de donde sea que las esté llevando”.

“¿Cómo sabes eso?”

“Porque eso es lo que yo haría”. Pensó por un momento. Rais ya tenía una ventaja sobre ellos; necesitaban adelantarse a su juego, o al menos estar a la par de él. “Has que tu técnico investigue cualquier coche denunciado como robado en las últimas doce horas, entre Nueva York y aquí”.

“Es una búsqueda muy amplia”, señaló Watson.

Tenía razón; Reid sabía que en Estados Unidos se robaba un coche cada cuarenta y cinco segundos, lo que representaba cientos de miles cada año. “Está bien, excluye a los diez modelos más robados”, dijo. Por mucho que no quisiera admitirlo, Rais era inteligente. Probablemente sabría a qué coches evitar y cuáles elegir. “Tacha cualquier cosa cara o llamativa, colores brillantes, rasgos distintivos, cualquier cosa que los policías puedan encontrar fácilmente. Y, por supuesto, cualquier cosa lo suficientemente nueva como para estar equipado con GPS. Concentrarse en lugares que no tendrían mucha gente alrededor: lotes vacíos, negocios cerrados, parques industriales, ese tipo de cosas”.

“Entendido”, dijo Watson. “Te llamaré cuando tenga información”.

“Gracias”. Escondió el teléfono en la consola central otra vez. No tenía dos horas para quemarse conduciendo por las carreteras. Necesitaba algo más rápido, o una mejor pista sobre dónde podrían estar sus chicas. Se preguntó si Rais había cambiado de dirección una vez más; tal vez se dirigía hacia el norte sólo para girar hacia el oeste, hacia el interior, o incluso hacia el sur de nuevo.

Miró a los carriles del tráfico hacia el sur. Me pregunto si podría estar pasándolos ahora mismo, justo a mi lado. Nunca lo sabría.

Sus pensamientos se ahogaron repentinamente por un sonido penetrante pero familiar — el constante ascenso y descenso de una sirena de policía chillando. Reid maldijo en voz baja mientras miraba por el espejo retrovisor para ver a un patrullero de la policía que lo seguía, con las luces rojas y azules parpadeando.

No es lo que necesito ahora mismo. El policía debe haberlo visto cruzar el terraplén. Volvió a mirar; el patrullero era un Caprice. Motor de 5,7 litros. Velocidad máxima de ciento cincuenta. Dudo que el Trans Am pueda mantener contra eso. Aun así, no estaba dispuesto a detenerse y perder un tiempo precioso.

En lugar de eso, volvió a pisar el pedal, saltando de los ochenta y cinco anteriores hasta cien millas por hora. El patrullero mantuvo el ritmo, subiendo de velocidad sin esfuerzo. No obstante, Reid mantuvo ambas manos en el volante, con las manos firmes, y la familiaridad y la emoción de una persecución a alta velocidad volvieron a él.

Excepto que esta vez era él a quien perseguían.

El teléfono sonó de nuevo. “Tenías razón”, dijo Watson. “Tengo una... espera, ¿eso es una sirena?”

“Sí, lo es”, murmuró Reid. “¿Hay algo que puedas hacer al respecto?”

“¿Yo? No en una operación no oficial”.

“No puedo correr más rápido que él...”

“Pero puedes conducir mejor que él”, contestó Watson. “Llama a Mitch”.

“¿Llamar a Mitch?” Reid repitió en blanco. “¿Y decir qué exactamente...? ¿Hola?”

Watson ya había colgado. Reid maldijo en voz baja y bordeó una camioneta, volviendo al carril izquierdo con una mano mientras pasaba el pulgar por el teléfono. Watson le dijo que había programado un número del mecánico en el teléfono.

Encontró un número etiquetado sólo con la letra “M” y llamó mientras la sirena seguía sonando detrás de él.

Alguien respondió, pero no habló.

“¿Mitch?”, preguntó él.

El mecánico gruñó en respuesta.

Detrás de él, el policía se movió al carril derecho y aceleró, tratando de ponerse a su lado. Reid sacudió el volante rápidamente y el Trans Am se deslizó perfectamente en el carril, bloqueando el coche de policía. Detrás de las ventanas cerradas y el rugido del motor podía oír el eco de un sistema de megafonía, y el policía le ordenaba que se detuviera.

“Mitch, yo soy, uh...” ¿Qué se supone que debo decir? “Voy al 110% en la I-95 con un policía siguiéndome”. Miró por el espejo retrovisor y gruñó cuando un segundo patrullero se adentró en la carretera desde una posición ventajosa de trampas de velocidad. “Mejor dicho, dos”.

“Muy bien”, dijo Mitch bruscamente. “Dale un minuto”. Parecía cansado, como si la idea de una persecución policial a alta velocidad fuera tan descabellada como un viaje al supermercado.

“¿Darle un minuto a qué?”

“A la distracción”, gruñó Mitch.

“No estoy seguro de tener un minuto”, protestó Reid. “Probablemente ya tengan la matrícula”.

“No te preocupes por eso. Es una falsa. Sin registrar”.

Eso no va a inspirarles a suspender la persecución, pensó Reid sombríamente. “¿Qué clase de distracción... hola? ¿Mitch?” Arrojó el teléfono al asiento del pasajero irritado.

Con ambas manos en el volante, Reid giró alrededor de una camioneta, regresó al carril rápido y pisó a fondo el pedal. El Trans Am respondió con fervor, rugiendo hacia adelante mientras la aguja saltaba a ciento treinta. Corrió alrededor de un tráfico mucho más lento, entrando y saliendo de ambos carriles, por el arcén, pero aun así los dos patrulleros se mantuvieron en pie.

No puedo dejarlos atrás. Pero puedo conducir mejor que ellos. Vamos, Kent. Dame algo. Había sucedido varias veces durante el último mes, desde que el supresor de memoria había sido removido, que una habilidad particular de su vida anterior como operativo de la CIA regresaba apresuradamente en tiempos de necesidad. No sabía que hablaba árabe hasta que se enfrentó a terroristas que lo torturaban para obtener información. No sabía que podía defenderse de tres asesinos mano a mano hasta que tuvo que luchar por su vida.

Eso es todo. Sólo tengo que ponerme en una situación desesperada.

Reid agarró el freno de emergencia justo detrás de la palanca de cambios y lo tiró hacia arriba. Inmediatamente vino un grito espantoso desde el interior del Trans Am y el olor de algo quemándose. Al mismo tiempo, sus manos giraron el volante a la derecha y el Trans Am se cruzó de nuevo en el terraplén como si tratara de girar en la dirección opuesta.

Los dos coches de policía hicieron lo mismo, frenando y tratando de hacer la vuelta ajustada. Pero cuando frenaron, orientados hacia el sur, Reid continuó con el giro, haciendo un giro completo a trescientos sesenta grados. Presionó el freno de emergencia, cambió de marcha y volvió a golpear el acelerador. El coche deportivo saltó hacia adelante y dejó a los confusos policías literalmente en el polvo.

Reid dio un grito de victoria mientras su corazón latía en su pecho. Su excitación, sin embargo, fue efímera; tenía el pie firme en el acelerador, tratando de mantener su velocidad, pero el Trans Am estaba perdiendo potencia. La aguja del velocímetro bajó a noventa y cinco, y luego a noventa, cayendo rápidamente. Estaba en quinta marcha, pero su maniobra de frenado electrónico debe haber volado un cilindro o, en caso contrario, estropeado el motor.

El aullido de las sirenas empeoró las malas noticias. Los dos patrulleros estaban detrás de él y lo alcanzaban rápidamente, ahora unidos a un tercero. El tráfico de la carretera se apartó para despejar el camino ya que Reid tuvo que adentrarse y salir de los carriles, tratando desesperadamente de mantener la aguja en su sitio, con muy poco éxito.

Él se quejó. Iba a ser imposible deshacerse de los policías a este ritmo. No estaban a más de sesenta metros detrás de él y acercándose. Los patrulleros formaron un triángulo, uno en cada carril con el tercero dividiendo la línea detrás de ellos.

Ellos van a intentar la caja de maniobras del PIT — encerrándome y forzando el auto hacia los lados.

Vamos, Mitch. ¿Dónde está mi distracción? No tenía ni idea de lo que el mecánico había planeado, pero realmente podría usarlo en este momento, ya que los patrulleros cerraron la brecha con el defectuoso auto deportivo.

Obtuvo su respuesta un instante después cuando algo enorme saltó a su visión periférica.

Desde el lado sur de la carretera, un remolque de tractor saltó el terraplén rodando por lo menos a setenta, con sus enormes llantas rebotando violentamente sobre los surcos de la hierba. Al llegar de nuevo a la acera — yendo en dirección equivocada — se tambaleó peligrosamente y el tanque de plata que transportaba se inclinó hacia un costado, abalanzándose sobre él.

CAPÍTULO SIETE

Por un instante, el tiempo se ralentizó cuando Reid se encontró a sí mismo, y todo el coche, envuelto en la sombra de una máquina de dieciocho ruedas que casi había dejado el suelo.

En ese momento, extrañamente quieto, podía ver claramente las altas letras azules estampadas en el costado de la cisterna — “POTABLE”, decía — mientras el camión se desplomaba, a punto de aplastarlo a él, al Trans Am y a cualquier esperanza de encontrar a sus hijas.

Su cerebro superior, el encéfalo, parecía haberse apagado a la sombra del enorme camión, pero sus miembros se movían como si tuvieran su propia mente. El instinto se apoderó de él cuando su derecha volvió a agarrar el freno electrónico y tiró. Su mano izquierda giró la rueda en el sentido de las agujas del reloj, y su pie aplastó el pedal del acelerador contra la alfombrilla de goma. El Trans Am se giró de lado y salió corriendo, paralelo al camión, de regreso a la luz del sol y desde la parte inferior del vehículo.

Reid sintió el impacto del camión chocando contra la carretera más de lo que lo oyó. El tanque plateado golpeó el pavimento entre el Trans Am y los coches de policía, acercándose a menos de treinta metros. Los frenos chirriaron y los patrulleros patinaron de lado mientras el enorme tanque plateado se abría en las soldaduras atornilladas y liberaba su carga.

Nueve mil galones de agua limpia salieron en cascada y fluyeron sobre los carros de policía, empujándolos hacia atrás como una corriente agresiva.

Nueve mil galones de agua limpia salieron en cascada y fluyeron sobre los carros de policía, empujándolos hacia atrás como una corriente agresiva.

Reid no se detuvo para ver las consecuencias. El Trans Am apenas empujaba a setenta con el pedal hasta el suelo, así que se enderezó y se dirigió hacia la carretera lo mejor que pudo. Los policías inundados sin duda alguna reportarían el llamativo auto con las placas no registradas; habría más problemas por delante si no se salía de la carretera pronto.

El teléfono desechable sonó, la pantalla mostraba sólo la letra M.

“Gracias, Mitch”, contestó Reid.

El mecánico gruñó, como parecía ser su principal método de comunicación.

“Sabías dónde estaba. Sabes dónde estoy ahora”. Reid agitó la cabeza. “Estás rastreando el auto, ¿no?”

“Idea de John”, dijo Mitch simplemente. “Pensé que podrías meterte en problemas. Él estaba en lo cierto”. Reid empezó a protestar, pero Mitch interrumpió. “Sal en la próxima salida. Gira a la derecha en River Drive. Hay un parque con un campo de béisbol. Espera ahí”.

“¿Esperar allí para qué?”

“Transporte”. Mitch colgó. Reid se burló. Se suponía que el propósito del Trans Am era ser clandestino, permaneciendo fuera de la red de la agencia — no para cambiar a la CIA por alguien más que pudiera rastrearlo.

Pero sin él, ya te habrían atrapado.

Se tragó su enojo e hizo lo que se le dijo, guiando el auto fuera de la carretera otra media milla más arriba en la interestatal y hacia el parque. Esperaba que todo lo que Mitch tuviera reservado para él fuera rápido; tenía mucho terreno que cubrir rápidamente.

El parque estaba poco poblado para ser un domingo. En el campo de béisbol, un grupo de niños del vecindario estaba jugando un juego de pelota, así que Reid estacionó el Trans Am en el lote de grava fuera de la valla de alambre detrás de la primera base y esperó. No sabía lo que estaba buscando, pero sabía que tenía que moverse rápido, así que abrió el maletero, recuperó su bolso y esperó al lado del auto por lo que sea que Mitch tuviese planeado.

Tenía la sospecha de que el mecánico canoso era algo más que un simple activo de la CIA. Era “un experto en la adquisición de vehículos”, había dicho Watson. Reid se preguntó si Mitch era

un recurso, alguien como Bixby, el excéntrico ingeniero de la CIA especializado en armas y equipos de mano. Y si ese era el caso, ¿por qué estaba ayudando a Reid? No tenía ningún recuerdo en la cabeza cuando pensaba en la apariencia áspera de Mitch, su comportamiento gruñón. ¿Había allí una historia olvidada?

El teléfono sonó en su bolsillo. Era Watson.

“¿Estás bien?”, preguntó el agente.

“Tan bien como puedo estar, considerando todas las cosas. Aunque la idea de Mitch de una ‘distracción’ puede que sea un poco exagerada”.

“Él hace el trabajo. De todos modos, tu corazonada era correcta. Mi hombre encontró un reporte de un Cadillac robado de un parque industrial en Nueva Jersey esta mañana. Él tomó una imagen satelital del lugar. ¿Adivina lo que vio?”.

“La camioneta blanca desaparecida”, se aventuró Reid.

“Correcto”, confirmó Watson. “En el estacionamiento de un montón de basura llamado el Motel Starlight”.

¿Nueva Jersey? Su esperanza cayó. Rais había llevado a sus hijas aún más al norte: su viaje de dos horas en auto se convirtió en por lo menos tres horas y media para tener alguna esperanza de ponerse al día. Podría estar llevándolas a Nueva York. Un área metropolitana importante en la que es fácil perderse. Reid tenía que conseguir una mejor pista sobre él antes de que eso ocurriera.

“La agencia aún no sabe lo que sabemos”, continuó Watson. “No tienen ninguna razón para relacionar el Cadillac robado con tus chicas. Cartwright confirmó que están siguiendo las pistas que tienen y enviando a Strickland al norte a Maryland. Pero es sólo cuestión de tiempo. Llega allí primero y tendrás una ventaja sobre él”.

Reid deliberó un momento. No confiaba en Riker; eso estaba claro. De hecho, el juicio aún no había terminado, ni siquiera con su propio jefe, el subdirector Cartwright. Pero... “Watson, ¿qué sabe de este agente Strickland?”

“Sólo lo vi una o dos veces. Es joven, un poco dispuesto a complacer, pero parece decente. Tal vez incluso digno de confianza. ¿Por qué? ¿En qué estás pensando?”

“Estoy pensando...” Reid no podía creer que estuviera a punto de sugerirlo, pero era para sus hijas. La seguridad de ellas era lo más importante, sin importar el costo percibido. “Estoy pensando que no deberíamos ser los únicos con esta información. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir, y aunque no confío en que Riker haga lo correcto, tal vez Strickland lo haga. ¿Podrías darle información anónimamente?”

“Creo que podría, sí. Tendría que filtrarlo a través de algunas de mis conexiones de activos, pero es factible”.

“Bien. Quiero darle nuestra información — pero, después de haber estado allí para verlo por mí mismo. No quiero que me lleve la delantera. Sólo quiero que alguien sepa lo que sabemos”. Más específicamente, quería que alguien que no fuera Cartwright supiera lo que sabían. Porque si fallo, necesito que alguien tenga éxito.

“Si tú lo dices, seguro”. Watson se quedó en silencio durante un momento. “Kent, hay una cosa más. En la parada de descanso, Strickland encontró algo...”

“¿Qué? ¿Qué encontró?”

“Cabello”, le dijo Watson. “Cabello castaño, con el folículo aún adherido. Arrancado de raíz”.

La garganta de Reid se secó. No creía que Rais quisiera matar a las niñas — no podía permitirse el lujo de creer eso. El asesino las necesitaba vivas si quería que Kent Steele las encontrara.

Pero el pensamiento era de poca comodidad, ya que las imágenes no deseadas invadían los pensamientos de Reid, escenas de Rais agarrando a su hija por un puñado de pelo, forzándola a ir a donde él quisiera. Haciéndole daño. Y si él les estaba haciendo daño de alguna manera, Reid iba a hacerle daño en todos los sentidos.

“Strickland no pensó mucho en ello”, continuó Watson, “pero la policía encontró más en el asiento trasero del coche de la mujer muerta. Como si alguien los hubiera dejado allí a propósito. Como una...”

“Como una pista”, murmuró Reid. Fue Maya. Él simplemente lo sabía. Era inteligente, lo suficientemente inteligente como para dejar algo atrás. Lo suficientemente inteligente como para saber que la escena sería barrida con cuidado y que se encontrarían sus cabellos. Ella estaba viva, o al menos lo había estado cuando estaban allí. Al mismo tiempo, estaba orgulloso de que su hija fuera tan perspicaz y al mismo tiempo arrepentido de que ella tuviera que pensar en hacer algo así en primer lugar.

Oh, Dios. Una nueva realización tomó lugar inmediatamente: Si Maya había dejado a propósito su cabello en el baño de la parada de descanso, entonces ella estaba allí cuando sucedió. Ella había visto a ese monstruo matar a una mujer inocente. Y si Maya estaba allí... Sara podría haber estado también. Las dos habían sido afectadas, mental y emocionalmente, por los acontecimientos de febrero, en el muelle; él no quería pensar en el trauma que pasaba por sus mentes ahora.

“Watson, tengo que llegar a Nueva Jersey rápido”.

“Trabajando en ello”, contestó el agente. “No te muevas, llegará en cualquier momento”.

“¿Qué vendrá hasta aquí?”

Watson contestó, pero su respuesta se vio ahogada por el repentino y sorprendente chirrido de una sirena que estaba justo detrás de él. Se giró mientras un patrullero de la policía se dirigía hacia él sobre el terreno de grava.

No tengo tiempo para esto. Cerró el teléfono y se lo metió en el bolsillo. La ventana lateral del pasajero estaba abajo; podía ver que había dos oficiales dentro. El coche se detuvo junto al suyo y la puerta se abrió de golpe.

“Señor, ponga el bolso en el suelo y las manos en la cabeza”. El oficial era joven, con un corte estilo militar y recortado en los lados y con sombras de aviador sobre los ojos. Reid se dio cuenta de que una mano estaba en la funda de su pistola de servicio, con el broche de botón desabrochado.

El conductor también salió, mayor, de la edad de Reid, con la cabeza afeitada. Estaba detrás de su puerta abierta, con la mano cerca de su cinturón.

Reid dudó, sin saber qué hacer. La policía local debe haber oído la orden de búsqueda y captura de los soldados. No pudo haber sido difícil ver el Trans Am con las placas falsas estacionado tan abiertamente al lado del campo de béisbol. Se regañó a sí mismo por ser tan descuidado.

“¡Señor, baje el bolso y coloque las manos sobre la cabeza!”, gritó con fuerza el joven oficial.

Reid no tenía nada con que amenazarlos; sus armas estaban en la bolsa, y aunque tuviera una, no estaba dispuesto a disparar a nadie. Por lo que estos policías sabían, sólo estaban haciendo su trabajo, deteniendo a un fugitivo de una persecución a alta velocidad que había incapacitado a tres autos y, con toda probabilidad, todavía tenía los carriles hacia el norte de la I-95 cerrados.

“Esto no es lo que piensas”. Mientras lo decía, bajó lentamente el bolso a la grava. “Sólo estoy tratando de encontrar a mis hijas”. Los dos brazos se levantaron, con las yemas de los dedos tocándose justo detrás de las orejas.

“Date la vuelta”, ordenó el joven oficial. Reid lo hizo. Escuchó el familiar tintineo de las esposas cuando el policía sacó un par de la bolsa de su cinturón. Esperó la fría mordedura de acero en su muñeca.

“Tienes derecho a permanecer en silencio...”

Tan pronto como sintió el contacto, Reid se puso en acción. Se giró, agarró la muñeca derecha del oficial con la suya propia, y la giró hacia arriba en ángulo. El policía gritó con sorpresa y dolor, aunque Reid tuvo cuidado de no retorcerse lo suficiente para romperla. No iba a lastimar a los oficiales si podía evitarlo.

En el mismo movimiento, agarró la esposa suelta con la mano izquierda y se la colocó alrededor de la muñeca del oficial. El conductor sacó su arma en un instante, gritando enfadado.

“¡Atrás! ¡Al suelo, ahora!”

Reid empujó hacia delante con ambos brazos y envió al joven oficial tropezando contra la puerta abierta. La puerta se cerró — o intentó cerrarse, empujando al policía mayor hacia atrás. Reid se arrodilló y se puso de rodillas al lado del hombre. Le quitó la Glock de las manos al policía y la arrojó por encima de su hombro.

El policía más joven se enderezó y trató de desenfundar su pistola. Reid agarró la mitad de las esposas vacías que colgaban de la muñeca del oficial y tiró, desequilibrando de nuevo al hombre. Pasó los puños a través de la ventana abierta, tirando del policía hacia la puerta, y rompió el bucle de acero alrededor de la muñeca del oficial mayor.

Mientras la pareja luchaba entre sí y con la puerta del crucero, Reid tiró de la pistola del policía más joven y la apuntó hacia ellos. Inmediatamente se quedaron inmóviles.

“No voy a dispararles”, les dijo mientras recuperaba su bolso. “Sólo quiero que se queden callados y no se muevan por un minuto, más o menos”. Le apuntó con el arma al oficial mayor. “Baja la mano, por favor”.

La mano libre del policía se cayó de su radio montada en el hombro.

“Sólo baja el arma”, dijo el oficial más joven, con la mano sin esposas, en un gesto de pacificación. “Otra unidad está en camino. Te dispararán en cuanto te vean. No creo que quieras eso”.

¿Está mintiendo? No; Reid podía escuchar sirenas a lo lejos. A un minuto de distancia. Noventa segundos como mucho. Lo que sea que Mitch y Watson habían planeado, tenía que llegar ahora.

Los muchachos en el campo de béisbol habían hecho una pausa en su juego, ahora agrupados detrás de la caseta de hormigón más cercana y mirando con asombro la escena a sólo unos metros de ellos. Reid notó en su periferia que uno de los chicos estaba usando un teléfono celular, probablemente reportando el incidente.

Al menos no lo están filmando, pensó sombríamente, manteniendo el arma apuntada a los dos policías. Vamos, Mitch...

Entonces el policía más joven le frunció el ceño a su compañero. Se echaron un vistazo el uno al otro y luego se volvieron hacia el cielo cuando un nuevo sonido se unió a las lejanas sirenas que gritaban — un zumbido chillón, como si fuera un motor de alta frecuencia.

¿Qué es eso? Definitivamente no es un coche. No lo suficientemente fuerte para ser un helicóptero o un avión....

Reid también levantó la vista, pero no sabía de dónde provenía el sonido. No tuvo que preguntarse por mucho tiempo. De más allá del campo izquierdo salió un pequeño objeto que se elevaba rápidamente por el aire como una abeja zumbadora. Su forma era indistinguible; parecía blanca, pero era difícil mirarla directamente.

La parte inferior estaba pintada con una capa reflectante, le dijo la mente de Reid. Evita que los ojos se concentren en él.

El objeto descendió en altura como si estuviera cayendo del cielo. Al cruzar el montículo del lanzador, algo más cayó de él — un cable de acero con un estrecho travesaño en la parte inferior, como un solo peldaño de una escalera. Una línea de rappel.

“Ese debe ser mi transporte”, murmuró. Mientras los policías miraban con incredulidad al OVNI literalmente volando hacia ellos, Reid dejó caer el arma sobre la grava. Se aseguró de agarrar bien el bolso y, mientras el poste se balanceaba hacia él, levantó la mano y se agarró a él.

Inhaló un respiro mientras era barrido instantáneamente hacia el cielo, subió veinte pies en segundos, luego treinta, luego cincuenta. Los muchachos en el campo de béisbol gritaron y apuntaron mientras el objeto volador sobre la cabeza de Reid retractaba rápidamente la línea de rappel, ganando altura de nuevo al mismo tiempo.

Miró hacia abajo y vio otros dos coches de policía que chillaban en el estacionamiento del parque, los conductores salían de sus vehículos y miraban hacia arriba. Estaba a 30 metros en el aire antes de llegar a la cabina y se acomodó en el único asiento que esperaba allí.

Reid agitó la cabeza con asombro. El vehículo que lo había recogido era poco más que una pequeña vaina en forma de huevo con cuatro brazos paralelos en forma de X, cada uno de los cuales tenía un rotor giratorio al final. Sabía lo que era esto: un cuadricóptero, un avión teledirigido tripulado por una sola persona, totalmente automatizado y altamente experimental.

Un recuerdo resplandeció en su mente: Un tejado en Kandahar. Dos francotiradores te han fijado en tu ubicación. No tienes idea de dónde están. Si haces un movimiento, te mueres. Luego, un sonido, un chillido agudo, apenas más que un zumbido. Te recuerda a tu recortadora de hilo en casa. Una forma aparece en el cielo. Es difícil de mirar. Apenas puedes verla, pero sabes que la ayuda ha llegado...

La CIA había experimentado con máquinas como ésta para extraer agentes de las zonas calientes. Él había sido parte del experimento.

No había controles antes de él; sólo una pantalla de LEDs que le decía su velocidad del aire de doscientas dieciséis millas por hora y un tiempo estimado de llegada de cincuenta y cuatro minutos. Al lado de la pantalla había unos auriculares. Lo cogió y se lo puso en las orejas.

“Cero”.

“Watson. Dios. ¿Cómo conseguiste esto?”

“No fui yo”.

“Así que Mitch”, dijo Reid, confirmando sus sospechas. “No es sólo un ‘activo’, ¿verdad?”

“Es lo que necesites que sea para que confíes en que quiere ayudar”.

La velocidad de vuelo del cuadricóptero aumentaba constantemente, nivelándose a poco menos de trescientas millas por hora. Algunos minutos disminuyeron del tiempo estimado de llegada.

“¿Qué hay de la agencia?” preguntó Reid. “¿Pueden...?”

“¿Rastrearlo? No. Demasiado pequeño, vuela a baja altitud. Además, está fuera de servicio. Pensaron que el motor era demasiado ruidoso para que fuera sigiloso”.

Respiró un pequeño suspiro de alivio. Ahora tenía una trayectoria, este Motel Starlight en Nueva Jersey, y por fin no era una burla de Rais lo que lo guiaba. Si todavía estuvieran allí, él podría ponerle fin a esto, o intentarlo. No podía ignorar el hecho de que esto sólo terminaría en un enfrentamiento con el asesino, y mantener a sus hijas fuera del fuego cruzado.

“Quiero que esperen cuarenta y cinco minutos y luego envíen la pista del motel a Strickland y a la policía local”, le dijo a Watson. “Si él está allí, quiero a todos los demás también”.

Además, para cuando la CIA y la policía lleguen, sus hijas estarían a salvo o Reid Lawson estaría muerto.

CAPÍTULO OCHO

Maya abrazó a su hermana más cerca de ella. La cadena de las esposas temblaba entre sus muñecas; la mano de Sara estaba extendida sobre su propio pecho, agarrando la mano de Maya sobre su hombro mientras se acurrucaban en el asiento trasero del auto.

El asesino condujo, bajando el coche a lo largo de Port Jersey. La terminal de carga era larga, a varios cientos de metros, según la mejor suposición de Maya. Altas pilas de contenedores se alzaban a ambos lados, formando un estrecho carril con no más de un pie de espacio a cada lado de los espejos del coche.

Los faros estaban apagados y estaba peligrosamente oscuro, pero no parecía molestar a Rais. De vez en cuando había una breve pausa entre las pilas de carga y Maya podía ver luces brillantes en la distancia, más cerca de la orilla del agua. Incluso podía oír el zumbido de la maquinaria. Las tripulaciones estaban trabajando. Había gente alrededor. Pero eso le daba poca esperanza; Rais había mostrado hasta ahora una propensión a la planificación, y dudaba de que se vieran ante cualquier mirada entrometida.

Ella misma tendría que hacer algo para evitar que se fueran.

El reloj de la consola central del coche le dijo que eran las cuatro de la mañana. Había pasado menos de una hora desde que dejó la nota en el tanque del baño del motel. Poco después, Rais se puso de pie repentinamente y anunció que era hora de irse. Sin una palabra de explicación, las sacó de la habitación del motel, pero no a la camioneta blanca en la que habían llegado. En vez de eso, las llevó a un coche más viejo, a unas pocas puertas de su habitación. Parecía no tener ningún problema mientras abría la puerta y las dejaba en el asiento trasero. Rais había tirado de la cubierta de la columna de ignición y conectado el vehículo en cuestión de segundos.

Y ahora estaban en el puerto, bajo el manto de la oscuridad y acercándose a la punta norte de la tierra, donde terminaba el hormigón y comenzaba la bahía de Newark. Rais ralentizó y aparcó el coche.

Maya miró más allá del parabrisas. Había un barco allí, uno bastante pequeño para los estándares comerciales. No podía tener más de sesenta pies de largo de extremo a extremo, y estaba cargado con contenedores de acero en forma de cubo que parecían tener unos cinco pies por cinco pies. La única luz en ese extremo del muelle, aparte de la luna y las estrellas, provenía de dos pálidas bombillas amarillas en el barco, una en la proa y otra en la popa.

Rais apagó el motor y se quedó sentado en silencio durante un largo momento. Luego encendió y apagó las luces, sólo una vez. Dos hombres salieron de la cabina del barco. Miraron a su paso, y luego desembarcaron por la estrecha rampa entre el barco y el muelle.

El asesino se retorció en su asiento, mirando directamente a Maya. Sólo dijo una palabra, extendiéndola lentamente. “Quédate aquí”. Luego se bajó del coche y volvió a cerrar la puerta, poniéndose a unos metros de ella mientras los hombres se acercaban.

Maya apretó la mandíbula y trató de desacelerar sus rápidos latidos. Si se suben a este barco y abandonan la orilla, sus posibilidades de ser encontrados de nuevo se verían reducidas significativamente. No podía oír lo que los hombres estaban diciendo; solo escuchaba tonos bajos cuando Rais les hablaba.

“Sara”, susurró ella. “¿Recuerdas lo que dije?”

“No puedo”. La voz de Sara se rompió. “No lo haré...”

“Tienes que hacerlo”. Aún estaban esposadas juntas, pero la rampa para abordar el barco era estrecha, de poco más de dos pies de ancho. Tendrían que quitarle las esposas, se dijo a sí misma. Y cuando lo hicieran... “Tan pronto como me mueva, te vas. Encuentra gente. Escóndete si es necesario. Necesitas...”

No pudo terminar su mensaje. La puerta trasera se abrió y Rais las miró. “Salgan”.

Las rodillas de Maya se sintieron débiles cuando se deslizó fuera del asiento trasero, seguida por Sara. Se obligó a mirar a los dos hombres que habían venido del barco. Ambos eran de piel clara, con pelo oscuro y rasgos oscuros. Uno de los dos tenía una barba delgada y pelo corto, y llevaba una chaqueta de cuero negro con los brazos cruzados sobre el pecho. El otro llevaba un abrigo marrón, y su pelo más largo, alrededor de las orejas. Tenía una barriga que sobresalía de su cinturón y una sonrisa en los labios.

Era este hombre, el gordito, el que daba vueltas alrededor de las dos niñas, caminando lentamente. Dijo algo en un idioma extranjero — el mismo idioma, se dio cuenta Maya, que Rais había hablado por teléfono en la habitación del motel.

Luego dijo una sola palabra en inglés.

“Bonita”. Se rio. Su cohorte de la chaqueta de cuero sonrió. Rais estaba allí estoicamente.

Con esa palabra, una comprensión se metió en la mente de Maya y se apretó como dedos helados que agarran una garganta. Aquí estaba ocurriendo algo mucho más insidioso que simplemente ser sacadas del país. Ni siquiera quería pensar en ello, y mucho menos entenderlo. No puede ser real. Esto no. No para ellas.

Su mirada encontró la barbilla de Rais. No soportaría ver sus ojos verdes.

“Tú”. Su voz era tranquila, temblorosa, luchando por encontrar las palabras. “Eres un monstruo”.

Él suspiró suavemente. “Tal vez. Todo eso es cuestión de perspectiva. Necesito cruzar el mar; tú eres mi chip de trueque. Mi boleto, por así decirlo”.

La boca de Maya se secó. No lloraba ni temblaba. Sólo tenía frío.

Rais las estaba vendiendo.

“Ejem”. Alguien aclaró su garganta. Cinco pares de ojos se abrieron repentinamente cuando un recién llegado entró en el tenue resplandor de las luces del barco.

El corazón de Maya se llenó de repentina esperanza. El hombre era mayor, tal vez de unos cincuenta años, llevaba caquis y una camisa blanca planchada — parecía un oficial. Bajo un brazo tenía un casco blanco.

Rais sacó la Glock y la niveló en un instante. Pero no disparó. Otros lo escucharían, comprendió Maya.

“¡Whoa!” El hombre dejó caer su casco y levantó ambas manos.

“Hola”. El extranjero de la chaqueta de cuero negra se adelantó, entre la pistola y el recién llegado. “Oye, está bien”, dijo en inglés acentuado. “Está bien”.

La boca de Maya se abrió de par en par, confundida. ¿Bien?

Mientras Rais bajaba lentamente el arma, el hombre delgado metió la mano en su chaqueta de cuero y sacó un sobre de manila arrugado, doblado sobre sí mismo en tercios y cerrado con cinta adhesiva. Algo rectangular y grueso estaba dentro, como un ladrillo.

Se lo entregó mientras el hombre de aspecto oficial recogía su casco.

Dios mío. Ella sabía muy bien lo que había en el sobre. A este hombre se le pagaba para mantener a sus hombres alejados, para mantener esa área del muelle despejada.

La ira y la impotencia se elevaron en igual medida. Ella quería gritarle — por favor, espere, ayuda — pero entonces su mirada se encontró con la de ella, por un segundo, y supo que era inútil.

No había remordimiento detrás de sus ojos. Nada de amabilidad. No había compasión. No se le escapó ningún sonido de la garganta.

Tan rápido como había aparecido, el hombre retrocedió a las sombras. “Un placer hacer negocios”, murmuró mientras desaparecía.

Esto no puede estar pasando. Se sintió entumecida. Nunca en toda su vida había conocido a alguien que se quedara de brazos cruzados mientras los niños estaban claramente en peligro — y que aceptara dinero para no hacer nada.

El gordito ladró algo en su lengua extranjera e hizo un vago gesto hacia sus manos. Rais dijo algo en respuesta que sonó como un argumento sucinto, pero el otro hombre insistió.

El asesino parecía molesto mientras pescaba en su bolsillo y sacaba una pequeña llave de plata. Agarró la cadena de las esposas, forzando ambas muñecas hacia arriba. “Voy a quitarles esto”, les dijo. “Entonces vamos a subir al barco. Si desean regresar vivas a tierra firme, permanecerán en silencio. Harán lo que se les diga”. Empujó la llave en el brazalete alrededor de la muñeca de Maya y la abrió. “Y ni siquiera piensen en saltar al agua. Ninguno de nosotros irá tras de ustedes. Las veremos congelarse hasta morir y ahogarse. Sólo tardaría un par de minutos”. Le abrió el puño a Sara y ella se frotó instintivamente la muñeca enrojecida y dolorida.

Ahora. Hazlo ahora. Tienes que hacer algo ahora. El cerebro de Maya le gritó, pero no podía moverse.

El extranjero de la chaqueta de cuero negro se adelantó y le agarró la parte superior del brazo. El repentino contacto físico rompió su parálisis y la puso en acción. Ella ni siquiera pensó en ello.

Un pie se balanceó hacia arriba, con toda la fuerza que pudo reunir, y conectó con la ingle de Rais.

Al hacerlo, un recuerdo apareció en su visión. Solo tardó un instante, aunque se sintió como si hubiera pasado mucho más tiempo, como si todo se hubiese ralentizado a su alrededor. Poco después de que los terroristas de Amón intentaron secuestrarla en Nueva Jersey, su padre la apartó un día. Tenía que aferrarse a su historia encubierta — eran pandilleros que secuestraban a niñas en la zona como parte de una iniciación — pero aun así se lo contó a ella: No siempre estaré cerca. No siempre habrá alguien ahí para ayudar.

Maya había jugado al fútbol durante años; tenía una patada poderosa y bien colocada. Un silbido de aliento escapó de Rais mientras se doblaba, con ambas manos volando impulsivamente hacia su entrepierna.

Si alguien te ataca, especialmente un hombre, es porque es más grande. Más fuerte. Te superará en peso. Y por todo eso, pensará que puede hacer lo que quiera. Que no tienes ninguna oportunidad.

Sacudió su brazo izquierdo hacia abajo, rápida y violentamente, y se liberó del hombre con la chaqueta de cuero. Entonces ella se lanzó hacia adelante, hacia él, y lo desequilibró.

No peleas limpio. Haz lo que tengas que hacer. Entrepierna. Nariz. Ojos. Muerdes. Te sacudes. Gritas. Ellos no están peleando limpio. Tú tampoco lo harás.

Maya retorció su cuerpo y, al mismo tiempo, giró un delgado brazo en un amplio arco. Rais estaba doblado en la cintura; su cara estaba a la altura de los ojos de ella. El puño de ella chocó contra el costado de su nariz.

El dolor se astilló inmediatamente a través de su mano, comenzando en los nudillos e irradiando a lo largo, hasta el codo. Ella gritó y se agarró la mano. Aun así, Rais recibió un duro golpe, casi cayendo al muelle.

Un brazo serpenteaba alrededor de su cintura y la tiraba hacia atrás. Sus pies dejaron el suelo, pateando a la nada mientras golpeaba ambos brazos. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba gritando hasta que una gruesa mano se apretó sobre su nariz y su boca, cortando tanto el sonido como su respiración.

Pero entonces la vio a ella — una figura pequeña que se estaba haciendo más pequeña. Sara corrió por donde habían venido, desapareciendo en la oscuridad de las pilas de carga.

Lo logré. Ella se ha ido. Ella está fuera. Cualquier destino que le pasara a Maya ahora no importaba. No dejes de huir, Sara. Sigue adelante, encuentra gente, encuentra ayuda.

Otra figura se adelantó como una flecha — Rais. Corrió tras Sara, desapareciendo también entre las sombras. Era rápido, mucho más rápido que Sara, y parecía haberse recuperado rápidamente de los golpes de Maya.

Él no la encontrará. No en la oscuridad.

No podía respirar con la mano agarrada a su cara. La arañó hasta que los dedos se deslizaron hacia abajo, sólo un poco, pero lo suficiente para que ella pudiera aspirar aire por la nariz. El gordito la sostuvo con fuerza, con un brazo alrededor de la cintura y los pies todavía en alto. Pero ella no luchó contra él; se quedó quieta y esperó.

Durante varios largos momentos el muelle estuvo en silencio. El zumbido de la maquinaria al otro lado del puerto resonó en la noche, probablemente ahogando cualquier posibilidad de que se escucharan los gritos de Maya. Ella y los dos hombres esperaron a que Rais regresara — ella rezando desesperadamente que regresara con las manos vacías.

Un corto chillido hizo añicos el silencio, y los miembros de Maya se quedaron sin fuerzas.

Rais volvió a salir de la oscuridad. Tenía a Sara bajo un brazo, como se puede llevar una tabla de surf, con la otra mano sobre su boca para calmarla. Su cara era de un rojo brillante y estaba sollozando, aunque sus llantos eran amortiguados.

No. Maya había fallado. Su ataque no había hecho nada, y mucho menos llevó a Sara a un lugar seguro.

Rais se detuvo a pocos metros de Maya, mirándola fijamente con pura furia en sus brillantes ojos verdes. Un delgado riachuelo de sangre corría por una fosa nasal donde ella le había golpeado.

“Te lo dije”, él siseó. “Te dije lo que pasaría si tratabas de hacer algo. Ahora, vas a mirar”.

Maya volvió a agitarse, intentando gritar, pero el hombre la abrazó con fuerza.

Rais le dijo algo duramente en la lengua extranjera al de la chaqueta de cuero. Él se apresuró y se llevó a Sara, manteniéndola quieta y callada.

El asesino desenvainó el cuchillo grande, el que había usado para asesinar al Sr. Thompson y a la mujer en el baño del área de descanso. Forzó el brazo de Sara hacia un lado y lo sostuvo firmemente.

¡No! Por favor, no le hagas daño. No lo hagas. No... Trató de formar palabras, de gritarlas, pero sólo salieron como gritos agudos y apagados.

Sara trató de alejarse mientras lloraba, pero Rais sostuvo su brazo con un agarre muy fuerte. Le separó los dedos y le puso el cuchillo en el espacio entre los dedos anular y meñique.

“Vas a mirar”, dijo de nuevo, mirando directamente a Maya, “mientras le corto un dedo a tu hermana”. Él presionó el cuchillo contra la piel.

No lo hagas. No lo hagas. Por favor, Dios, no...

El hombre que la sostenía, el gordito, murmuró algo.

Rais se detuvo y le miró irritado.

Los dos tuvieron un rápido intercambio, sin que Maya entendiera ni una palabra. De todos modos, no hubiera importado; su mirada estaba fija en su hermanita, cuyos ojos estaban cerrados, las lágrimas corrían por ambas mejillas y por encima de la mano que sujetaba con fuerza su boca.

Rais gruñó de frustración. Por fin soltó la mano de Sara. El gordito soltó su mano sobre Maya, y al mismo tiempo el de la chaqueta de cuero empujó a Sara hacia delante. Maya cogió a su hermana en brazos y la abrazó de cerca.

El asesino se adelantó, hablando en voz baja. “Esta vez, tienes suerte. Estos caballeros sugirieron que no dañe ninguna mercancía antes de que llegue a su destino”.

Maya temblaba de pies a cabeza, pero no se atrevía a moverse.

“Además”, le dijo, “a dónde vas será mucho peor que cualquier cosa que yo pueda hacerte. Ahora todos vamos a subir al barco. Recuerda, sólo les sirves viva”.

El hombre regordete subió por la rampa, Sara detrás de él y Maya justo detrás de ella mientras subían temblorosamente al bote. No tenía sentido defenderse ahora. Su mano palpitaba de dolor donde había golpeado a Rais. Había tres hombres y sólo dos de ellas, y él era más rápido. Había encontrado a Sara en la oscuridad. Tenían pocas posibilidades de salir adelante por su cuenta.

Maya miró por encima del costado del barco a las aguas negras que había debajo. Por sólo una fracción de segundo, pensó en saltar; congelarse en la profundidad podría ser preferible al destino

que les esperaba. Pero ella no podía hacer eso. No podía dejar a Sara. No podía perder su último gramo de esperanza.

Fueron dirigidas a la popa del barco, donde el hombre de la chaqueta de cuero sacó un llavero y abrió el candado de la puerta de un contenedor de acero, pintado de un naranja oxidado.

Abrió la puerta, y Maya jadeó horrorizada.

Dentro de la caja, entrecerrando los ojos en la tenue luz amarilla, había varias otras jóvenes, al menos cuatro o cinco a quienes Maya podía ver.

Luego la empujaron por detrás, la forzaron a entrar. A Sara también, y cayó de rodillas en el suelo del pequeño contenedor. Mientras la puerta se balanceaba detrás de ellas, Maya corrió hacia ella y envolvió a Sara en sus brazos.

Entonces la puerta se cerró de golpe, y fueron sumergidas en la oscuridad.

CAPÍTULO NUEVE

El sol se ocultó rápidamente en el cielo nublado mientras el cuadricóptero corría hacia el norte para entregar su carga, un determinado miembro de la CIA y padre, al Motel Starlight de Nueva Jersey.

Su tiempo estimado de llegada era de cinco minutos. Un mensaje en la pantalla parpadeó una advertencia: Prepárese para el despliegue. Miró hacia el lado de la cabina y vio, muy por debajo, que estaban sobrevolando un amplio parque industrial de almacenes e instalaciones de fabricación, silenciosos y oscuros, iluminados sólo por los puntos de las luces anaranjadas de las calles.

Se bajó la cremallera del bolso negro que tenía en el regazo. Dentro encontró dos fundas y dos pistolas. Reid se quitó la chaqueta en la diminuta cabina y se colocó la montura de hombro que contenía una Glock 22, edición estándar — ninguna tenía los seguros biométricos de gatillo de alta tecnología de Bixby como los que tenía con la Glock 19. Se puso la chaqueta y tiró de la pierna de sus vaqueros para sujetar la funda del tobillo que contenía su arma de reserva preferida, la Ruger LC9. Era una pistola compacta con un cañón grueso, de calibre nueve milímetros, en un cargador de cajas expandidas de nueve balas que sobresalía sólo una pulgada y media más allá de la empuñadura.

Tenía una mano en el travesaño de rappel, listo para desembarcar del dron tripulado tan pronto como alcanzaran una altitud y velocidad seguras. Estaba a punto de arrancarse los auriculares de los oídos cuando la voz de Watson lo atravesó.

“Cero”.

“Ya casi llegamos. Menos de dos minutos...”

“Acabamos de recibir otra foto, Kent”, le cortó Watson. “Enviada al teléfono de tu hija”.

Un pánico helado se apoderó del corazón de Reid. “¿De ellas?”

“Sentadas en una cama”, confirmó Watson. “Parece que podría ser el motel”.

“El número del que vino, ¿puede ser rastreado?” Preguntó Reid esperanzado.

“Lo siento. Ya se deshizo de él”.

Su esperanza se desinfló. Rais era inteligente; hasta ahora sólo había enviado fotos de donde había estado, no de donde estaba. Si había alguna posibilidad de que el Agente Cero lo alcanzara, el asesino quería que fuera en sus términos. Durante todo el viaje en el cuadricóptero, Reid había sido nerviosamente optimista sobre la ventaja del motel, ansioso de que hubieran podido alcanzar el juego de Rais.

Pero si había una foto... entonces había una buena posibilidad de que ya se hubieran ido.

No. No puedes pensar así. Quiere que lo encuentres. Eligió un motel en medio de la nada específicamente por esa razón. Te está provocando. Ya están aquí. Tienen que estarlo.

“¿Estaban bien? ¿Parecían... están heridas...?”

“Se veían bien”, le dijo Watson. “Enfadadas. Asustadas. Pero están bien”.

El mensaje en la pantalla cambió, parpadeando en rojo: Despliegue. Despliegue.

Independientemente de la foto o de sus pensamientos, había llegado. Tenía que verlo por sí mismo. “Tengo que irme”.

“Que sea rápido”, le dijo Watson. “Uno de mis hombres está reportando una pista falsa en el motel que concuerda con la descripción de Rais y sus hijas”.

“Gracias, John”. Reid se quitó los auriculares, se aseguró de que tuviera un buen agarre de la barra de rappel y salió del cuadricóptero.

El descenso controlado de cincuenta pies hasta el suelo fue más rápido de lo que él anticipaba y le quitó el aliento. La emoción familiar, el subidón de adrenalina, corría por sus venas mientras el viento rugía en sus oídos. Dobló ligeramente las rodillas al acercarse y aterrizó sobre el asfalto en cuclillas.

Tan pronto como soltó la barra de rappel, la línea volvió a subir hasta el cuadricóptero, y el zumbido del avión se extendió por la noche, regresando a dondequiera que hubiera venido.

Reid miró rápidamente a su alrededor. Estaba en el estacionamiento de un almacén al otro lado de la calle, frente al sucio motel, iluminado tenuemente por unas pocas bombillas amarillas. Un letrero pintado a mano que daba a la calle le decía que estaba en el lugar correcto.

Escaneó de izquierda a derecha mientras cruzaba a toda prisa la calle vacía. Estaba tranquilo aquí, espeluznantemente tranquilo. Había tres autos en el lote, cada uno separado a lo largo de la fila de habitaciones que tenía frente a él, y uno de ellos era claramente la camioneta blanca que había sido robada del lote de autos usados en Maryland.

Estaba aparcada justo fuera de una habitación con un número 9 de latón en la puerta.

No había luces adentro; no parecía que nadie se estuviera quedando allí en ese momento. Aun así, dejó caer su bolso justo afuera de la puerta y escuchó atentamente durante unos tres segundos.

No oyó nada, así que sacó la Glock de la funda de su hombro y pateó la puerta.

La jamba se astilló fácilmente al abrirse la puerta y Reid entró, a la altura del cañón en la oscuridad. Sin embargo, nada se movía entre las sombras. Todavía no se escuchaban sonidos, nadie gritaba sorprendido o corría a por un arma.

Su mano izquierda palpó a lo largo de la pared para encontrar un interruptor de luz y lo encendió. La habitación 9 tenía una alfombra naranja y un papel pintado amarillo que se ondulaba en las esquinas. La habitación había sido limpiada recientemente, en la medida en que “limpiada” parecía en el Motel Starlight. La cama había sido hecha apresuradamente y apestaba a desinfectante en aerosol barato.

Pero estaba vacía. Su corazón se hundió. No había nadie aquí — ni Sara ni Maya ni el asesino que se las llevó.

Reid dio un paso con cuidado, mirando por encima de la habitación. Cerca de la puerta había un sillón verde. La tela del cojín y del respaldo del asiento estaba ligeramente descolorida por la huella de alguien que se había sentado allí recientemente. Se arrodilló a su lado, delineando la forma de la persona con las puntas de sus dedos enguantados.

Alguien se sentó aquí durante horas. Cerca de 1,80 metros, 80 libras.

Era él. Se sentó aquí, junto al único punto de entrada, cerca de la ventana.

Reid metió su arma de nuevo en su funda y quitó cuidadosamente la colcha. Las sábanas estaban manchadas; no habían sido cambiadas. Las inspeccionó con cautela, levantando cada almohada a su vez, con cuidado de no interrumpir ninguna evidencia potencial.

Encontró dos pelos rubios, largas hebras sin raíces. Habían caído de forma natural. Encontró una sola hebra morena de la misma manera. Ellas estaban aquí, juntas, en esta cama, mientras él se sentaba allí y las observaba. Pero, ¿por qué? ¿Por qué Rais las había traído aquí? ¿Por qué se detuvieron? ¿Era otra táctica en el juego del gato y el ratón del asesino, o él estaba esperando algo?

Tal vez me estaba esperando. Tardé mucho en seguir las pistas. Ahora se han ido otra vez.

Si llamó Watson con el informe falso, la policía estaría en el motel en minutos, y es probable que Strickland ya estuviera en un helicóptero. Pero Reid se negó a irse sin algo con lo que continuar, o de lo contrario todo habría sido en vano, sólo otro callejón sin salida.

Se apresuró a ir a la oficina del motel.

La alfombra era verde y áspera bajo sus botas, que recordaba al césped artificial. El lugar apestaba a humo de cigarrillo. Más allá del mostrador había una puerta oscura, y detrás de ella Reid podía oír algo sonando a bajo volumen, una radio o un televisor.

Tocó la campana de servicio en el mostrador, una campana disonante sonó en la tranquila oficina.

“Hmm”. Oyó un suave gruñido en el cuarto de atrás, pero no vino nadie.

Reid volvió a tocar la campana tres veces seguidas.

“¡Está bien, hombre! Por Dios”. Una voz masculina. “Ya voy”. Un joven salió por la retaguardia. Parecía de unos veintitantos o treinta y pocos años; a Reid le resultaba difícil saberlo por su mala piel y sus ojos enrojecidos, que frotaba como si acabara de despertarse de una siesta. Había un pequeño aro de plata en su fosa nasal izquierda y su pelo rubio sucio estaba atado con rastas de aspecto sarnoso.

Miró fijamente a Reid durante un largo momento, como si estuviera molesto por el concepto mismo de que alguien entrara por la puerta de la oficina. “¿Sí? ¿Qué?”

“Estoy buscando información”, dijo Reid sin rodeos. “Hubo un hombre aquí recientemente, caucásico, de unos 30 años, con dos adolescentes. Una morena, y otra más joven, rubia. Condujo esa camioneta blanca hasta aquí. Se quedaron en la habitación nueve...”

“¿Eres policía?”, interrumpió el empleado.

Reid se estaba irritando rápidamente. “No. No soy policía”. Quería añadir que él era el padre de esas dos niñas, pero se detuvo; no quería que este empleado pudiera identificarlo más de lo que ya podía.

“Mira, hermano, no sé nada de chicas adolescentes”, insistió el empleado. “Lo que la gente hace aquí es asunto de ellos...”

“Sólo quiero saber cuándo estuvo aquí. Si viste a las dos chicas. Quiero el nombre que te dio el hombre. Quiero saber si pagó en efectivo o con tarjeta. Si era una tarjeta, quiero los últimos cuatro dígitos del número. Y quiero saber si dijo algo, o si oíste algo por casualidad, eso podría decirme a dónde fue desde aquí”.

El empleado le miró fijamente durante un largo momento, y luego soltó una ronca y áspera carcajada. “Mi hombre, mira a tu alrededor. Este no es el tipo de lugar que acepta nombres o tarjetas de crédito o algo así. Este es el tipo de lugar donde la gente alquila habitaciones por hora, si sabes a lo que me refiero”.

Las fosas nasales de Reid se abrieron. Ya había tenido suficiente de este imbécil. “Debe haber algo, lo que sea, puedes decírmelo. ¿Cuándo se registraron? ¿Cuándo se fueron? ¿Qué te dijo?”

El empleado le miró fijamente. “¿Cuánto vale para ti? Por cincuenta dólares te diré lo que quieras saber”.

La furia de Reid se encendió como una bola de fuego cuando cruzó el mostrador, agarró al joven empleado por la parte delantera de su camiseta, y lo tiró hacia adelante, casi levantándolo del suelo. “No tienes ni idea de lo que me estás impidiendo”, gruñó en la cara del chico, “o de lo lejos que llegaré para conseguirlo. Me vas a decir lo que quiero saber o vas a comer a través de una pajita en un futuro previsible”.

El empleado levantó las manos, sus ojos muy abiertos mientras Reid le daba la mano. “¡Muy bien, hombre! ¡De acuerdo! Hay un registro debajo del mostrador... déjame agarrarlo y lo buscaré. Te lo diré cuando estuvieron aquí. ¿De acuerdo?”

Reid siseó un poco y soltó al joven. Él tropezó hacia atrás, alisó su camiseta, y luego buscó algo que no se veía debajo del mostrador.

“En un lugar como éste”, dijo lentamente el empleado, “el tipo de gente que vemos aquí... valoran su privacidad, si sabes a lo que me refiero. No les importa mucho que la gente husmee”. Dio dos pasos lentos hacia atrás, retirando su brazo derecho de debajo del mostrador... mientras agarraba el cañón marrón oscuro de una escopeta serrada de calibre doce.

Reid suspiró con tristeza y agitó la cabeza. “Vas a desear no haber hecho eso”. El empleado estaba perdiendo el tiempo por proteger a escorias como Rais — no porque supiera en qué estaba metido Rais, sino por otros tipos sórdidos, proxenetas, traficantes y demás.

“Vuelve a los suburbios, hombre”. El cañón de la escopeta apuntaba al centro de masa, pero temblaba. Reid tuvo la impresión de que el chico la había usado para amenazar, pero nunca la había disparado antes.

No tenía duda de que él era el más rápido; ni siquiera dudaría en dispararle, en el hombro o en la pierna, si eso significaba conseguir lo que necesitaba. Pero no quería disparar un tiro. El sonido se

escucharía a media milla en el parque industrial. Podría asustar a los huéspedes que se alojaban en el motel — incluso podría incitar a alguien a llamar a la policía, y él no necesitaba esa atención.

En su lugar, adoptó un enfoque diferente. “¿Seguro que está cargada?”, preguntó.

El empleado miró a la escopeta durante un dudoso segundo. En ese momento, con la mirada desviada, Reid plantó una mano firmemente sobre el mostrador y saltó sobre él con facilidad. Al mismo tiempo, sacó la pierna derecha y le dio una patada a la escopeta y la sacó de las manos del empleado. Tan pronto como sus pies estaban en el suelo, se inclinó hacia adelante y golpeó con el codo la nariz del chico. Un fuerte jadeo surgió de la garganta del empleado mientras la sangre fluía de ambas fosas nasales.

Entonces, sólo por si acaso, Reid agarró un puñado de sucias rastas y golpeó la cara del tipo contra el mostrador.

El empleado se desplomó sobre la áspera alfombra verde, gimiendo mientras escupía sangre al suelo por la nariz y por dos labios agrietados. Gruñó y trató de ponerse de rodillas. “Tú... oh, Dios... ¡me rompiste la nariz, hombre!”

Reid cogió la escopeta. “Esa es la menor de tus preocupaciones ahora mismo”. Presionó el cañón contra las sucias rastas rubias.

El empleado inmediatamente cayó sobre su estómago y lloriqueó. “No... no me mates... por favor no... por favor... no me mates...”

“Dame tu teléfono”.

“Yo no... no tengo...”

Reid se inclinó en la cintura y rápidamente le dio una palmadita al tipo. Él estaba siendo honesto; no tenía teléfono, pero sí una billetera. Reid la abrió y revisó la licencia de conducir.

“George”. Reid se burló. El empleado no se parecía mucho a un George. “¿Tienes un coche aquí, George?”

“Tengo, tengo una motocicleta, e-estacionada atrás...”

“Muy bien. Esto es lo que va a pasar, George. Me llevo tu bicicleta. Tú, tú vas a salir de aquí. O corre, si lo prefieres. Vas a ir al hospital a que te revisen la nariz. Vas a decirles que te golpearon en un bar. No vas a decir ni una palabra sobre este lugar, ni una palabra sobre mí”. Se inclinó y bajó la voz. “Porque tengo un escáner de la policía, George. Y si oigo una sola mención, incluso una palabra de un hombre que encaje con mi descripción, voy a llegar a...” Revisó la identificación de nuevo. “Apartamento 121B en Cedar Road, y voy a traer tu escopeta conmigo. ¿Entendiste todo lo que dije?”

“Lo tengo, lo tengo”. El empleado lloriqueó, sangre y saliva colgaba de sus labios. “Lo entiendo, te prometo que lo entiendo”.

“Ahora, el hombre con las chicas. ¿Cuándo estuvieron aquí?”

“Había... había un tipo, como dijiste, pero no vi a ninguna chica...”

“¿Pero viste a un hombre que encaja con esa descripción?”

“Sí, sí. Él estaba muy serio. Apenas dijo una palabra. Vino anoche, después del anochecer, y pagó la noche en efectivo...”

“¿Cuándo se fue?”

“¡No lo sé! En algún momento de la noche. Dejé la puerta abierta, de lo contrario no habría sabido que se había ido...”

¿Durante la noche? El corazón de Reid se hundió. Tenía esperanza, pero no esperaba realmente encontrar a las chicas en el motel, sin embargo, pensó que lo estaba alcanzando. Si tuvieran un día entero de ventaja sobre él... podrían estar en cualquier parte.

Reid dejó caer la cartera y retrocedió, quitando el cañón de la escopeta de la cabeza del chico. “Vete”.

El empleado cogió la cartera y corrió por la oscura puerta, tropezando una vez y cayendo sobre sus manos antes de salir corriendo en la noche.

Reid expulsó los cartuchos de la escopeta, cuatro de ellos en total, y los metió en el bolsillo de una chaqueta. En realidad, no iba a llevarse el arma consigo; era un arma ilegal por tener el cañón y la culata recortados, y probablemente sin registrar incluso antes de sus modificaciones. Limpió la escopeta de sus huellas antes de volver a colocarla debajo del mostrador.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.